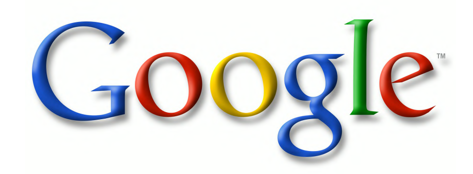
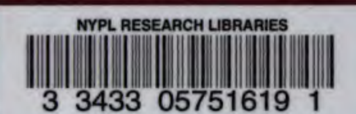
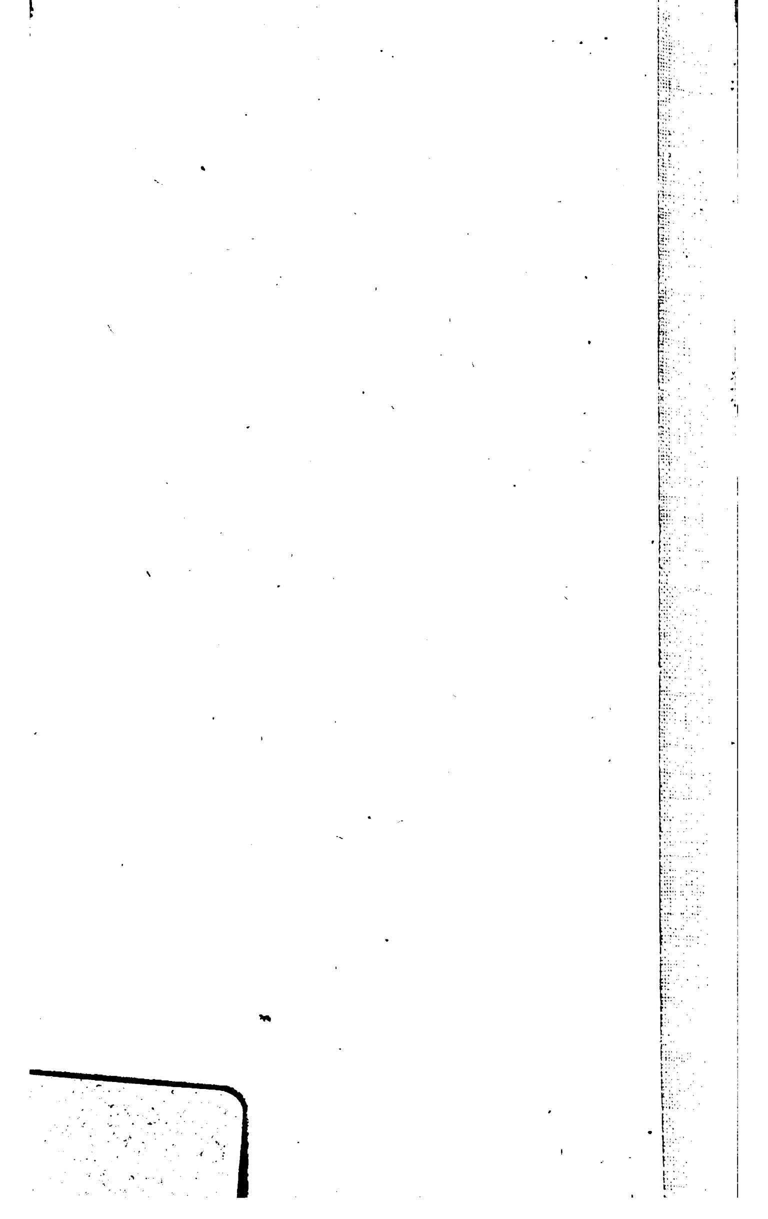
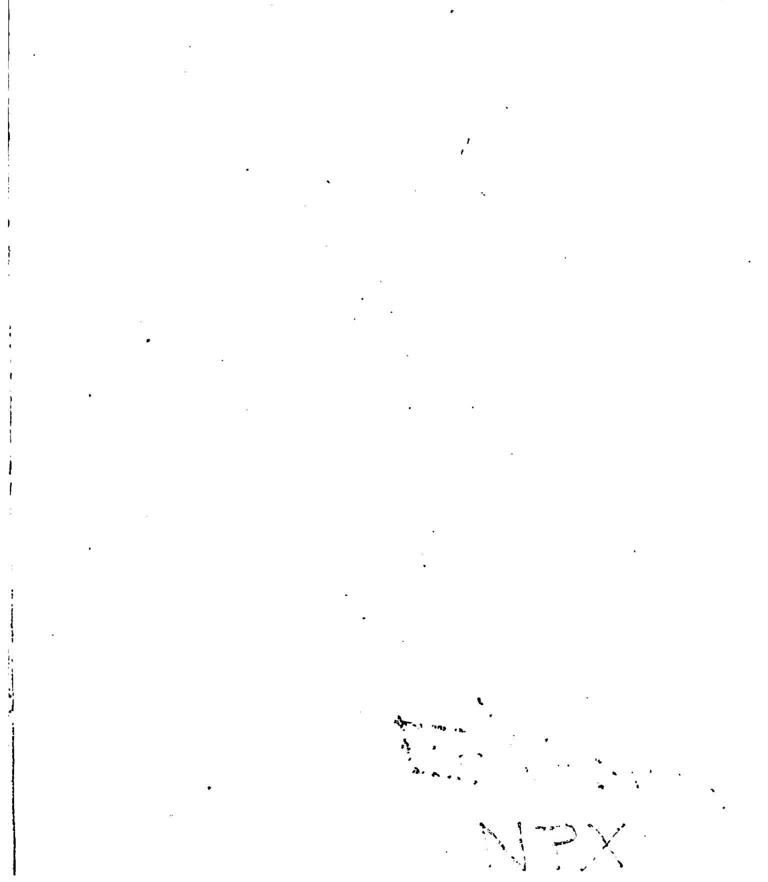



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 05751619 1





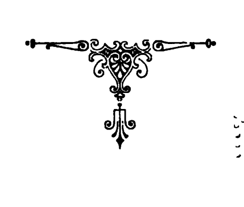
MÉXICO POÉTICO

COLECCION DE

POESIAS ESCOGIDAS DE AUTORES MEXICANOS

FORMADA

Por Adalberto A. Esteva



MEXICO

TIPOGRAFIA DE LA OFICINA IMPRESORA DEL TIMBRE
Palacio Nacional
1900



Al Sr. Presidente de la República

General D. Porfirio Díaz.

Señor:

El 12 de Octubre de 1853 se dió en la sala de espectáculos del castillo de Compiegne la representación de *Filiberta*, comedia de Emilio Augier, desempeñada por los actores del Gimnasio con muy buen éxito. Un monarca, omnipotente en Europa en aquella época, bastante satisfecho de la comedia, preguntó á su autor lo que se debía hacer por las letras: «Señor, contestó Augier, es muy sencillo: es preciso amarlas.»

Augier tenía razón: es menester amar las letras. Como dicen Edmundo y Julio de Goncourt, todo se pierde y acaba sin el arte. Él es el embalsamador de la vida muerta, y nada tiene algo de inmortalidad sin que él lo haya tocado, descrito, pintado ó esculpido. ¿No fueron los poetas de 1830 los que, más felices que Grouchy, nulificaron el triunfo de Waterloo?

Todo lo grande y bello tiene que ser consagrado por el arte. Cuando Ud. haya desaparecido del mundo de los vivos teniendo por sudario las banderas de sus victorias, la sombra de Ud., por el recuerdo de sus gloriosos hechos, volverá á la vida activa, su memoria crecerá con la ausencia y con la muerte; pero será la poesía mexicana la que hallará entonces en la historia de Ud. un asunto digno de ella; la que lo presentará, ante las futuras generaciones, no como el ídolo de un partido ante quien debe inmolarse el criterio, sino sencillamente como el héroe nacional que hizo salir de la miseria la abundancia, de la guerra la paz, del caos el orden y de la muerte la vida; la que pedirá para Ud. el respeto y el reconocimiento de la posteridad, pagando así la deuda que con Ud. ha contraído por sus importantes servicios á la patria.

Adalberto A. Esteva.

POETAS MUERTOS

Francisco de Terrazas.

Hijo de uno de los conquistadores que vinieron con Cortés. Falleció en México antes de 1604.

SONETO.

Dejad las hebras de oro ensortijado
Que el ánima me tienen enlazada,
Y volved á la nieve no pisada,
Lo blanco de esas rosas matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado
De que esa boca está tan adornada;
Y al cielo, de quien sois tan envidiada,
Volved los soles que le habeis robado.

La gracia y discreción que muestra ha sido
Del gran saber del celestial maestro,
Volvédselo á la angélica natura;

Y todo aquesto, así restituído,
Vereis que lo que os queda es propio vuestro:
Ser áspera, crüel, ingrata y dura.

Sor Juana Inés de la Cruz.

Nació en San Miguel Nepantla, en 1651. Religiosa á los diez y siete años de edad, su virtud fué un ejemplo, su erudición una maravilla, su talento una gloria. Veintisiete años permaneció en el convento, en el cual murió á los cuarenta y cuatro años, víctima de una fiebre contraída por esta amante de la pobreza y del dolor, en el ejercicio de la caridad.

SONETO.

Muestra sentir que la baldonen
por los aplausos de su habilidad.

Tan grande (¡ay hado!) mi delito ha sido,
Que por castigo de él, ó por tormento,
No basta el que adelante el pensamiento,
Sino el que le previenes al oído?

Tan severo en mi contra has procedido,
Que me persuado de tu duro intento,
Á que sólo me diste entendimiento
Por que fuese mi daño más crecido.

Dísteme aplausos para más baldones;
Subirme hiciste, para penas tales,
Y aun pienso que me dieron tus traiciones

Penas á mi desdicha desiguales;
Porque viéndome rica de tus dones,
Nadie tuviese lástima á mis males.

Fray Manuel Navarrete.

Nació en la entonces Villa de Zamora (Michoacán), el 18 de Junio de 1768. Siendo guardián del convento de Tlalpujahua, falleció á los cuarenta y un años de edad, el 17 de Julio de 1809. La casta musa de este religioso franciscano, como el pincel de Fray Angélico, parecía inspirada por un ángel.

LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA.

Poema lúgubre dedicado á Mopso.

CANTO UNICO.

Para triste desahogo de la pena
Que en lo interior me agita,
Lloro la triste y espantosa escena
Del alma, en el instante
Que escucha la sentencia de precita.

Vuelve á mis manos, vuelve,
Mi cítara sonante,
Que en más alegre día
Acompañabas mis festivos versos:
Hoy el numen resuelve
Que lleves el compás de la elegía,
Y por tonos diversos
La acompañen tus cuerdas, entretanto
Que desata los diques de mi llanto.

Luego que la memoria me presenta
Como en vasto proceso mis delitos,
De que se turba la horrorosa cuenta,

Entonces la tormenta
Crece de mis temores y conflictos;
Y entonces, cual si fuese arrebatado
Al tribunal temible
Del juez contra mis culpas irritado,
Miro su rostro de furor bañado,
Escucho de su boca la terrible
Sentencia de dolor y llanto eterno;
Siento el brazo de un Dios irresistible
Que me arroja á las llamas del infierno.

Desde que este cuidado me rodea,
Melancólico vago por el mundo,
Como hurtando el semblante á la alegría.
Conformes sólo con mi triste idea
Son tus lúgubres sombras, tu profundo
Silencio, noche obscura. El claro día
En vano para mí su luz enciende:
La ciudad, su rumor, todo me ofende.
El espanto se sigue á la tristeza,
Y el más leve ruïdo
Me parece el horrísono estallido
De un rayo que me hiende la cabeza.
La imagen de la muerte á cada instante
Se me pone á los ojos;
Pero aun más me horroriza tu semblante,
¡Eterno Dios! de donde se desprende
Contra mi alma el raudal de tus enojos
Que en tu furor la enciende.
¿Fallezco? en el instante me parece
Que el hermoso espectáculo del mundo
Con sempiterna noche se obscurece.
Sale del hondo pecho, el más profundo,
El último suspiro, en que lanzada
Va mi alma á tu presencia
De crímenes horrendos acusada:

Y herida de tu voz, como de un trueno,
De tu justicia escucha la sentencia
De tu eterno castigo irrevocable:
Atérranla tus ojos, y el sereno
Resplandor de tu rostro le parece
Nube que anuncia rayo formidable
Cuando truena el Olimpo y se enardece.

Id ahora, delicias de la vida,
A dar algún consuelo
A mi alma por vosotras afligida.
Halagüeñas delicias. . . . no queda una
De tantas que en el suelo
Ciñeron el laurel á mi fortuna.
Todas desparecieron
Como un sueño, de mi alma, y de repente
Al caos de la nada se volvieron.

Vosotros, mis amigos, id ahora
A socorrer á mi alma; ¿mas qué digo?
¿Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente
A salvarla de la ira vengadora
Del Todopoderoso su enemigo?
¿Del Dios cuya invencible fortaleza
Suscita las violentas convulsiones
De la naturaleza?
¿Que agitando los bravos aquilones
Impele las soberbias tempestades,
Inflama los obscuros horizontes,
Estremece los montes,
Y hasta el nombre les borra á las ciudades?
¿Del Dios? . . . . pero el palacio refulgente
Está viendo con pasmo el elevado
Solio de aquel Monarca omnipotente:
La Emperatriz augusta que á su lado
Goza de sus ternuras y caricias;

Angeles infinitos que agrupados
Al derredor del trono están postrados;
Las cándidas doncellas
Que en sus puras delicias
Enguirnaldan las frentes con estrellas;
Santos todos; los justos bienhadados;
La corte de los cielos. . . . ¡oh dichosa
Morada! clama entonces la alma mía.

Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!
Allí asomas con plácida alegría
Y deliciosa calma:
Gózate, pues ya tienes
Recompensado el mérito de tu alma:
Gózate, ¡oh madre! en infinitos bienes.
Pero qué ¿la blandura de tus ojos
Con miradas crüeles me retiras?
¿Objeto es de tus iras
El que sufre del cielo los enojos?
¡Ay! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho
Que en el mundo te dí cuando expiraste
Y triste me dejaste
En abundantes lágrimas deshecho.
¿No me oyes? ¿no me ves? ¿no me conoces?
¡Ay! mírame por último agradable:
No seas inexorable
Al blando ruego de mis tiernas voces.
¿Huyes de mi presencia?
¿Ni una vista me pagas, ni un abrazo,
Al hacer una ausencia
De que es la misma eternidad el plazo?
¿Con tu hijo tan crüel? ¿con un pedazo
De tu vida? ¡ay de mí! con raudo vuelo
Te apartas de mis ojos. . . . ya te fuiste
Para otras partes del alegre cielo.

Pero ¿qué estoy mirando? ¡caso triste
Para mí, y de dolor el más profundo!
Allí el cómplice está de mi pecado.
Y ¿cuántos que en el mundo
Conocí pecadores? ¡oh! ¡dichosos,
Dichosos todos con envidia mía
Los que gozais de Dios el dulce agrado,
Y os recrean sus ojos cariñosos!
¡Dichosos! sí, mil veces, que ocupando
Las mansiones de luz, con armonía
De voces apacibles estais dando
Gracias sin término á su autor; al mismo
Que fabricó con manos eternales
Las cárceles horrendas del abismo,
Y encendió las hogueras infernales.

Allá me arroja con furor horrible
A gemir oprimido de cadenas
Que su mano terrible
Forjó para instrumento de mis penas.
Allá me precipita. ¡Qué caverna!
¡Qué fuego abrasador! ¡Qué pestilente
Humo bosteza la tartárea boca!
He aquí el hórrido espectro de la eterna
Noche, el dolor, la cólera impaciente
Que sin cesar provoca
El llanto de los míseros precitos.
Hierve el lago infernal; la gruta brama
Con són horrendo de inflamada llama.
Los calabozos lóbregos á gritos
Ya parece que se hunden. ¡Qué molesto
Desorden! . . . ¡qué funesto,
Qué terrible lugar donde severo
Descarga Dios su brazo justiciero!
¡Oh cuántos condenados
Como en ardientes hornos encendidos

Se ven amontonados!
Retumban con sus grandes alaridos
Las subterráneas bóvedas, y cuando
Los demonios. . . . ¿qué es esto? delirando
Atónito el discurso titubea.
Y cuando los demonios con horrible
Presencia. . . . yo deliro
Con la fuerte impresión de la terrible
Imagen de esta idea.
Me agita el susto, y asombrado miro. . . .
Todo el infierno junto
Se le presenta á mi alma en este punto.

No me llames ¡oh Dios! aun todavía;
Mas cuando sea llevada el alma mía
A tu presencia augusta, oh Juez eterno,
No la arrojes, Señor, en el infierno.
Muévate mi congoja y mi gemido;
Mi corazón doliente
Que sale por los ojos derretido.

Quédate á Dios, en lágrimas bañada
De este álamo pendiente,
Cítara triste, y á tu voz cansada
Prosiga de mis ojos la corriente.

José Joaquín Fernández de Lizardi.

El afamado escritor conocido con el nombre de «El Pensador Mexicano.» nació en la Capital en 1771. Murió en Junio de 1817. Heraldo de la Independencia Nacional, adelantándose á su época con clarividencia de genio, pidió la abolición de la esclavitud y la enseñanza gratuita y obligatoria. Escri-

bió «El Periquillo Sarmiento.» «La Quijotita.» «Ratos entretenidos,» «Noches tristes y día alegre» y una colección de fábulas. Altamirano, en sus Revistas literarias, dice. refiriéndose al Pensador, que se anticipo á Sué en el estudio de los misterios sociales, y que, profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instrucción adelantada. penetró con su héroe—*El Periquillo*—en todas partes, para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mexicana, y para pintarla como era ella á principios de este siglo (XIX), en un cuadro palpitante, lleno de verdad, y completo, al grado de tener pocos que le igualen.

Los escritos del Pensador siempre dejaron transpirar á México la aspiración á la libertad y el odio á la tiranía.

Ninguno diga quién es, que sus obras lo dirán.

Pues en Carnestolendas
Se venden tantas
Máscaras en las calles,
Lonjas y plazas:

Quiere mi musa
Vender las mascaritas
Que muchos usan.

MÁSCARA I.

Con máscara de español
Un mulato se presenta,
Y parece en lo que ostenta
Que no lo merece el sol;

Si por su dicha ó su maña
Ha adquirido algún dinero,
Piensa que es tan caballero
Como el monarca de España.

Mientras más le favorece
La suerte y le dá caudales,
Él desdeña á sus iguales
Y á los nobles aborrece.

Pero por más que él en sí
Piense creer que es bien nacido,
Ya todos tienen sabido
Que es negro carabadí.

Máscara II.

Con un vestido brillante
Y un hablar desenfadado,
Se presenta enmascarado
Por sabio algún ignorante.

Y áun en la conversación
Que no entiende, palotea,
Habla mucho y dice nada
Por sostener su opinión;

Pero por más que se esponje
Por pasar por entendido,
Todos tienen bien sabido
Que el hábito no hace al monge.

Y masque le dé coraje,
Yo le diré que es más necio
Si cree se le debe aprecio
Por la apariencia del traje.

Máscara III.

Quizá un señor currutaco
Esta máscara se pone,
Pues por más que se compone
No trae en la bolsa *tlaco*.

Con casaca y sin camisa
Y brillo de señoría,
Suele andar al medio día
Oliendo donde se guisa.

Sin convite y de sorpresa
Se encaja en una visita
Esta pobre mascarita
Para comer de gorrón.

El ser pobre no es pecado
Ni hay quien lo pueda decir;
Pero es simpleza fingir
De rico un pobre pelado.

MÁSCARA IV.

Con la máscara de amigo
Suele esconderse el traidor:
La experiencia esto mejor
Lo dice que yo lo digo.

¡Cuántos pobres son despojos
De esta máscara maldita,
Por creer en la cascarita
De las voces y los ojos!

Al pobre de Don Fulano
Hace el traidor mil lisonjas
En su casa, y en las lonjas
No le deja hueso sano.

Áspides disimulados
Son estos entre las flores;
Y sin duda son los peores
Entre los enmascarados.

Máscara V.

Máscaras, si lo reparas,
Tienen también las mujeres,
Pues en varios pareceres
Saben hacer á dos caras.

Máscaras á cada rato
Suelen mudar con primor;
Máscara tienen de amor
Y máscara de recato.

Máscara de compasión,
Máscara de celos tienen,
Y si acaso les convienen,
Máscara de devoción.

Máscara tienen de honradas;
Máscara de coquetillas;
Máscara de muy sencillas
Y máscara de ilustradas.

Máscara de bachilleras,
Máscara de humilde llanto,
De ira, de dolor, de espanto,
De vengativas y fieras:

En fin, de las señoritas
(No de todas) de las más,
Si cuentas bien, no podrás
Contarles sus mascaritas.

MÁSCARA VI.

Con máscara de devoto
Se esconde el vil usurero:
También al ladrón casero
Su mascarita le noto.

Numerar no solicito,
En fin, tanta hipocresía;
Que quererlo hacer sería
Proceder en infinito.

Pues por tan distintos modos
Veo disfraces importunos,
Pocos serán ó ningunos
Si no se enmascaran todos.

El gato esconde en la mano
La uña hasta que vé al ratón;
Pero cuando hay ocasión,
¿No las saca el escribano?

El sastre y el zapatero,
Procurador, relator,
El boticario, el doctor,
Demandante, vinatero,

Y otros. . . . que no quiero hablar
Ni quitar créditos, pues
Viene la cuaresma, y es
Preciso irse á confesar.

Manuel Carpio.

Nació en Cosamaloapam (provincia de Veracruz) el 1º de Mayo de 1791. Murió en México el 11 de Febrero de 1860. Sobresalió en los géneros de la poesía descriptiva y religiosa. Tenía en la imaginación el colorido, la melancolía y el lamento de un poeta de los tiempos bíblicos. Su laúd era el harpa de David.

CASTIGO DE FARAÓN.

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nácar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente
Y adórnale el pecho radiante joyel.

Y lleva una zona bordada de estrellas,
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante,
En ondas le baja cubriéndole el pie.

El trono rodean soldados adustos,
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Coturnos vellosos de piel de león.

Su cota de acero bruñida relumbra;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan la seña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salón.

Moisés el profeta, varón venerable,
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,

Preséntase y pide que al pueblo judío
Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Creador.

«Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano;
Al Dios de mis padres resistes en vano,
Él quiere librarnos, y es fuerza partir.

«Humíllate, débil, al fuerte Adonai,
Él hizo los montes, los campos y mares,
Y allá en esos cielos Él puso á millares
Las altas estrellas que miras lucir.»

El rey, entretanto, cambiando colores,
Se inunda su pecho de cólera amarga;
Ya coge la espada, ya coge la adarga,
Ya baja del solio, ya vuelve á subir.

Temblaban las guardias al ver el enojo
Que agita al monarca; cual tigre en la reja,
Revuelve los ojos, enarca la ceja,
Y en tono tremendo comienza á decir:

«¿Cómo es que un Hebreo, cómo es que un esclavo
Armado tan sólo de mágica vara
Me pida insolente, así cara á cara,
Librar á sus tribus? Así no será.

«Primero los mares abriendo su seno
A mí y á mis tropas y carros cubrieran,
Que gentes tan viles de Egipto salieran;
Serán aquí siervos, aquí morirán.»

Oyendo el profeta palabras tan duras,
«Mañana, le dijo, verás tempestades,
Habrá granizadas, habrá mortandades,
Verás maravillas que Egipto no vió.»

Y dando la vuelta salió del palacio,
Y cuando cercano mostrábase el día,
Al cielo terrible la mano tendía
Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
Errantes las sombras cubrieron el cielo,
Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
Los truenos hacían la tierra temblar:

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos;
De Tebas y Tamis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes
Y bajan las aguas en turbios torrentes
Y arrastran las aguas ganado y pastor.

Mezclados andaban granizos y rayos.
La yerba del campo y el árbol hirieron;
El toro robusto y el hombre murieron,
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Ménfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba,
Y arroja los troncos al férvido mar.

En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y sólo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el rey no consiente;
Mas alza el caudillo la vara potente,
Y hambrientas langostas obliga á venir.

Y luego tinieblas espesas derrama
Y á Egipto sus luces el cielo le niega;
Tan sólo el Hebreo contento se entrega
A juegos campestres y alegre festín.

Las sombras cubrían la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corría magnífico el Nilo;
Callaba la tierra, callaba la mar.

Pacíficas duermen las cándidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los aúlicos altos; los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica;
Más ¡ay! sobre sedas el rey se abanica,
É inquieto en su cama no puede dormir.

Repasa en la mente las plagas horribles
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura,
Sudando y convulso se siente morir.

Un ángel, en tanto, voló como un rayo
De Siene hasta el Delta, temblando de enojo:
Con la ala derecha tocaba el mar Rojo
La izquierda tocaba al Libio arenal.

Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algún labrador;

Así pasó el ángel airado matando
A cuantos varones nacieron primero;
Murió desde el hijo del pobre leñero,
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el imperio, llevaba la gente
Pavor en el alma, sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.

El rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido,
Sus lágrimas ruedan, y dá un alarido,
Que en todo el alcázar, en todo se oyó.

Lloraba la reina, sus manos torcía,
Con ayes dolientes á su hijo llamando;
Y suelto el cabello y el velo arrastrando,
Toda ella temblaba de espanto y dolor.

Gritaban las madres por calles y plazas,
Alzando los ojos llorosos al cielo,
O bien de rodillas besaban el suelo,
Haciendo plegarias á Osiris y Amón.

Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano
Oprime sin tregua con bárbara mano,
Y apenas le deja del sueño gozar.

Empero esa noche, soñando en un viaje,
Las tribus dormían en rústicos lechos;
Terror no agitaba los cándidos pechos
De aquellos mortales, amor de Jehová.

El ángel en tanto, se pára en la cumbre
De la alta pirámide, y dá una mirada
A todo el Egipto, y envaina la espada,
Y quédase un rato pensando entre sí.

De nuevo desplega sus rápidas alas,
Y parte y resuena su espada en el vuelo,
Divide las nubes y encúmbrase al cielo,
Y dice postrado: «Señor, ya cumplí.»

Así en ese tiempo y en esas regiones,
Quebranta Adonai la fuerte cadena
Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
Al bárbaro Egipcio y al gran Faraón.

Libró á los judíos con brazo robusto,
Y á tantos prodigios tembló el Filisteo,
El fuerte Moabita, y el fuerte Idumeo,
Y el rico Fenicio temblaba en Sidón.

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
De Tébas y Ménfis allá entre las ruinas,
Que vieron al ángel en densas neblinas
Cual águila negra volando cruzar.

Allí Bonaparte, á orillas del Nilo,
Al dar á los turcos batalla tremenda,
Es fama que dijo: « Aquí va la senda
Que ha visto de un ángel la sombra pasar.»

José Joaquín Pesado.

Nació en San Agustín del Palmar (Provincia de Puebla) el 9 de Febrero de 1801, y murió en México el 3 de Marzo de 1861. Fué un buen poeta clásico, puesto que expresó de la manera más sencilla los pensamientos más sublimes, y así alcanzó el consorcio del fondo con la forma, del pensamiento con la expresión, de la imaginación con la razón y de la grandeza con la verosimilitud y la sensatez. Lo más saliente y notorio en él, fué su facilidad para dominar la poesía descriptiva. Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

LA LID DE GALLOS.

Del pueblo en la opuesta parte
Tosco palenque aparece,
Cercado en torno con arte,
Que lid de gallos ofrece
Al vulgo, que á verle parte.

Y al punto que con presura
La circunferencia llena,
Saltan, llenos de bravura,
Iguales en apostura
Dos gallos sobre la arena.

Los cuellos tornasolados
Con erizado plumero,
Los penachos inflamados,
Los ojos de fuego hinchados,
Los pies armados de acero.

En torno primero giran
Bizarros, luego delante
El uno al otro, se miran,
Y con ojo centellante
Se acercan ó se retiran.

Hasta que en un punto, luego,
Arrebatados de ciego
Enojo, parten furiosos,
Como centellas de fuego
En nublados tempestuosos.

Se acometen denodados,
Se atacan enfurecidos,
Cada vez más alentados,
Los pechos todos heridos;
Los flancos despedazados.

Cuando en el choque se allegan
Violentos, con iras sumas,
Cuando á la muerte se entregan,
El suelo de sangre riegan,
El aire llenan de plumas.

Vence á su rival odiado
El que fortuna prefiere;
En el polvo derribado,
Queda aquél; éste á su lado
Canta la victoria y muere.

Wenceslao Alpuche.

Nació en Tihosuco (Provincia de Yucatán) el 28 de Septiembre de 1804; falleció en Tekax el 2 de Septiembre de 1841. Poeta que siguió en sus versos la huella del poeta español Manuel José Quintana.

AL SUPLICIO DE MORELOS.

¿Qué es el cadalso, cuyo solo nombre
Terror infunde al corazón más fuerte?
Es del perverso ignominiosa muerte;
Seguro dique á la maldad del hombre.

Paz y quietud la sociedad desea,
Y sus inmensos bienes asegura
Cuando del criminal la sangre impura
Sobre el cadalso fúnebre gotea.

Mas si á los héroes de inmortal memoria
Sobre él furioso el déspota presenta,
No es el cadalso, no, del héroe afrenta;
Es el templo y el trono de su gloria.

De verdugos cercado así fallece
Tu vengador ¡oh patria! el gran Morelos;
Mas voló del cadalso hasta los cielos,
Y en el orbe su gloria resplandece.

Tú eras, Morelos, la terrible espada
Que Anáhuac levantó contra el tirano;
Gozóse al verte el suelo mexicano,
Y tembló la opresión amedrentada.

Tú eras de libertad el soplo ardiente
Que disipar la servidumbre pudo,
Pero obstinado el español sañudo
Alzar te vió la aterradora frente.

Y un patíbulo atroz te preparaba
Su mano con mortal desasosiego,
Creyendo así extinguir el sacro fuego
Que la naciente libertad brotaba.

Tú, ajeno de temor, le combatiste:
Coronó tus esfuerzos la victoria;
¿Pero con tanto afán, con tanta gloria
La infamia de tres siglos sacudiste?

Raídas fueron tus sagradas manos
Que por la patria amada combatían,
Raídas sin piedad, sangre vertían,
Que no sació el rencor de los tiranos.

Tu sangre en el cadalso derramada
El premio fué de tus gloriosos hechos;
Mas no el suplicio abate heróicos pechos;
Tu sangre con furor será vengada.

No en vano resonó doliente grito
Que lanzaste al morir, grito terrible,
Que del fiero español aborrecible
Hasta el nombre feroz dejó proscrito.

Aquel grito postrero de agonía
Mirad, nos dice, *de mi sangre el lago;*
Y despertó la patria, y á su amago
Se desplomó su horrenda tiranía.

Fernando Calderón.

Nació en Guadalajara el 20 de Julio de 1809, y murió en la Villa de Ojo Caliente el 18 de Enero de 1845. Precoz como Sor Juana Inés de la Cruz, comenzó á escribir sus versos cuando solo tenía quince años, y su primer ensayo dramático, *Reynaldo y Elena*, se representó en Guadalajara el año de 1827. Después dió al teatro: *Zadig ó la esclava indiana*, *Ramiro, conde de Lucena*, *Armandina*, *Los políticos del día*, *Efigenia*, *Hersilia y Virginia*, *El torneo*. *Ana Bolena*. *Herman ó la vuelta del cruzado* y *A ninguna de las tres*. Fué algo más que un instruido abogado, un valiente militar y un notable poeta: fué un filántropo magnánimo y virtuoso que ha dejado una imperecedera memoria.

LA FELICIDAD.

¿En dónde está la verdadera calma
Decidme, amigos, que jamás la ví?
Tras ella corre sin cesar el alma,
Y ella ¡oh dolor! huyendo va de mí.

Busco en vano en los salones
Del alcázar poderoso
El dulcísimo reposo
Que llaman felicidad;

Una ilusión agradable
A mis ojos se presenta,
Quiero abrazarla, se ahuyenta,
Y aparece la verdad.

Oigo las alabanzas que al guerrero
Prodiga aduladora poesía:
«Al fin, exclamo, un corazón de acero
A la felicidad será mi guía.»

Vuestros deslumbrados ojos
Buscan poder y riqueza,
Y en medio de la grandeza
Quereis la dicha encontrar.

Dejad vuestro error funesto;
Bajad á ese valle umbroso;
Vereis un hombre dichoso
Junto del humilde hogar.

De su amada familia acariciado
Pasa él allí su vida deliciosa;
Su placer es amar y ser amado,
Su riqueza, sus hijos y su esposa.

En su habitación sencilla
No brilla el mármol ni el oro;
Mas ¿qué importa? otro tesoro
Tiene allí su corazón.

El cariño de su esposa,
De sus hijos la terneza.
He aquí toda su riqueza,
He aquí toda su ambición.

No eres un nombre vano, una quimera;
Te hallaré al fin, felicidad amada:
La mano de una tierna compañera
Me ofrecerá tu copa embalsamada.

¡Felicidad, felicidad querida,
Te encuentra al fin mi corazón ardiente!
¡Ven, y consuela mi alma dolorida!
¡Ven, y refresca mi abrasada frente!

Ignacio Rodríguez Galván.

Poeta dramático. Nació en Tizayuca el 12 de Marzo de 1816; murió en la Habana el 25 de Julio de 1842. Escribió los siguientes dramas: *Muñoz, visitador de México* y *El privado del Virrey*. Es uno de los antiguos poetas de México que escribieron con ingenio más sutil y con frase más pura y castiza, y esto es tanto más notable, cuanto que murió á los veintiseis años de edad. Su musa tiene la magia y la elegancia de la melancolía.

EL ANCIANO Y EL MANCEBO.

ROMANCE PRIMERO.

Era una mañana hermosa,
Una mañana de Abril;
Estaba sereno el cielo,
El sol subía al zenit,

Tendida la cabellera
De plata y oro carmín,
Bajo pórtico esplendente
De rosicler y rubí,

Paseaba pensativo
En el prado de Madrid
Un viejo de rostro noble
Y de cuerpo varonil.

Era espaciosa su frente,
Era erguida su cerviz,
Y su bigote entrecano
Aire le daba gentil.

Dejaba en sus grandes ojos
Y en su rostro descubrir
La dulzura de un amante,
La altivez de un paladín.

Su izquierda estropeada mano
Reposaba con viril
Apostura en una espada
Algo manchada de orín.

Pobre era su ferreruelo,
Pobre su valona; en fin,
Todo el vestido mostraba
Que su dueño era infeliz.

Hondos suspiros del pecho
Parecía despedir,
Cual si en él duros pesares
Trabaran horrenda lid.

Bajaba al suelo los ojos
Como si buscara allí
El sepulcro do su cuerpo
Halle reposo feliz.

Un mozo vivo y alegre
Hacia él mira venir,
Andando á paso ligero
Con arrogancia gentil.

Cabello negro y rizado,
Mórbida faz de marfil;
Sombreaba naciente bozo
Los sus labios de carmín,

Do con gracia peregrina
Jugaba risa infantil,
Como quien de hórridas penas
Aun no se ha sentido herir.

Airoso ostentaba el joven
Jubón de rico matiz,
Sombrero con blancas plumas
Y ropilla carmesí.

Paróse á mirar al viejo,
Paróse el viejo infeliz,
Desarrugóse su frente
Y aun pretendió sonreir;

No se hablaron con los labios,
Pero con las almas sí,
Cual se saludan dos ángeles
En el celestial pensil.

Hay consonancia en las almas;
Y yo de mí sé decir
Que amo ó aborrezco á un hombre
Tan luego como le ví.

Mujeres hay tan hermosas
Como la aurora de Abril,
A quienes ni amo, ni puedo
Mi repugnancia encubrir.

Que con el son de la flauta
Mal se puedieron unir
El relincho del trotero
Y las voces del clarín.

ROMANCE SEGUNDO.

Con afición se miraron
Cual si dos amigos fueran,
Y al fin el anciano al mozo
Saludó de esta manera:

— Guárdeos Dios el mozo tierno,
El de cabellera negra.
—Guárdeos el noble anciano,
El joven le respondiera.

—Noble soy, replica el viejo,
Si no por rica ascendencia,
Por mi corazón, que nunca
Se manchó con vil afrenta.

—Os llamé por eso noble,
Que es la más clara nobleza,
Pues hay duques y aun monarcas
Que tienen alma plebeya.

Muchas más veces se abriga
Corazón de heroicas prendas
Bajo de un jubón de lana
Que bajo púrpura y sedas.

Mas de vuesarced el traje,
Si no me engaño, demuestra,
Junto con su izquierda mano,
Que ha visto el ceño á la guerra.

—Soldado soy, y he seguido
Las victoriosas banderas
Del Señor Don Juan de Austria
Que Dios en su reino tenga.

Mil veces hirió mi cuerpo
La cimitarra agarena,
Y en las aguas del Lepanto
Corrió sangre de mis venas.

Argel me miró en sus baños
Arrastrar duras cadenas,
Y oyó sonar mis gemidos
En sus mazmorras horrendas.

Cautivo como me hallaba,
Quise domar la soberbia
Del turco, y en Argel mismo
Alzar la española enseña.

Mas de infieles renegados
Me vendió la infame lengua,
Y cuatro veces el moro
Quiso cortar mi cabeza.

Candor fué. . . . no, necedad. . . .
Fué mi confianza necia. . . .
¿Cómo pensaba hallar fe
En quien de Cristo reniega?

Conseguí ser rescatado
A pesar de mi pobreza;
Que mi madre y Fray Juan Gil
Hicieron más que pudieran.

Volví á mi país. . . . ¡Oh España!
Cuando pisé tus arenas
Tú viste correr mi llanto
Y estampar mi labio en ellas.

Dejé la sangrienta espada,
No la vida aventurera,
Que á vagar hambriento y triste
Me arrastraba la miseria.

Tomé en mis dedos la pluma
(Fué el consuelo de mis penas):
Mis obras han recorrido
Las naciones extranjeras

Véisme aquí, mozo gallardo,
Ya con la planta en la huesa,
Alimentando mi mente
Con tristes memorias muertas.—

El anciano así diciendo,
Ciñe al joven con la diestra,
Y una lágrima del mozo
Siente que su mano quema.

Éste exclamó suspirando:
—¿Y España á tanta proeza,
A tanta virtud heroica
No supo dar recompensa?

Al saludar las sus torres,
Al pisar sus ricas tierras,
¿Que os dió España, noble anciano?
¿Que os dió? decidme.—Cadenas.

Escandecióse el mancebo,
Su faz demudóse bella,
Temblaron sus labios rojos,
Enarcó sus negras cejas.

—¡Oh suerte, clamó iracundo,
Oh suerte, suerte funesta,
Que á los malvados ensalzas
Y al virtuoso desdeñas!

Al perverso las naciones
En silla dorada asientan,
Y al justo varón olvidan
Y allá en el cieno le dejan.—

El anciano replicóle:
—Mas del justo un nombre queda,
Que escarnio será de ingratos,
De almas generosas muestra.

Vuestras palabras, mancebo,
Hasta el corazón me llegan:
Si á bien lo teneis, decidme
Vuestros placeres ó penas.

Recuerdos de lo pasado
Mi corazón alimentan;
Generosas esperanzas
Quizá vuestro pecho alberga.

Seréis ornato de España,
Si mi pensamiento acierta:
Saludarán vuestro nombre
Las edades venideras.

El Dios que lo puede todo
Verdad ponga en vuestra lengua.
—Escuchad, el buen anciano,
La historia de mis ideas.

ROMANCE TERCERO.

Cuando á pensar comenzaba
A mi mente apareció
Una idea que el reposo
Quitaba á mi corazón.

De gloria fué, fué de gloria
El pensamiento roedor
Que me agitaba de noche,
Me seguía con el sol.

Y tal se me figuraba
Que me decía una voz:
«Eterno será tu nombre,
Serás de tu patria honor.»

El sueño no me adormía,
Y mi opreso corazón
Un alimento buscaba,
Y este alimento era amor.

Infeliz del que en su pecho
No abriga ardiente pasión;
Es su vida luz de luna
Que alumbra y no da calor.

Si alguien no alberga en su seno
Amor puro y religión,
O es un desdichado idiota,
O es un malvado feroz.

Al débil tiendo la mano
Sin hacer indagación
De si es turco ó si es judío,
De si es idólatra ó no.

Y solamente el menguado
Enciende mi indignación,
Que de Cristo con la túnica
Su alma disfraza traidor.

Hijo soy de Jesucristo,
El Evangelio es mi sol,
Y adoro una joven bella
Como hechura de mi Dios.

Ilustro mi obscura mente
Con Lope y con Calderón:
El Fénix de los ingenios,
Y el Angel de luz y amor.

Es mi delicia el teatro. . . .
¿Mi delicia he dicho yo?
Edén de flores cubierto,
Coronado de arrebol.

Una fuerza irresistible
A él me arrastra veloz:
En él quiero una corona
Que dé á mis sienes frescor.

Y vengan penas y duelos,
Aquí está mi corazón.
¿Qué puede temer quien tiene
Religión, poesía, amor?

Bien sé que al poeta sigue
Estrella de maldición,
Y que en su alma vierte el mundo
La ponzoña del dolor.

¿Qué importa si sube al cielo,
Si ve la faz á su Dios,
Si alumbra su yerta losa
Lámpara de bendición?

Mas un libro prodigioso
Mi corazón halagó;
Deslumbró mi fantasía
Con su vivo resplandor.

Libro del cielo inspirado,
Unico libro que halló
Lugar, después de Isaías,
Los Evangelios y Job.

Es consuelo de mis penas,
Astro de mi corazón:
Conmigo siempre le llevo
Cual serafin velador.

Si alguna cosa en el mundo
Ardiente mi alma anheló,
Fué el escribir otro igual
O ser su divino autor.

—Cuál es su nombre, mancebo?
El soldado preguntó;
—Vedle aquí, replica el joven,
Ved el libro encantador.

Diciendo así, de su pecho
Un sucio libro sacó,
En pergamino aforrado
Y de pésima impresión.

Tomólo temblando el viejo,
Y la portada leyó,
Y gritó en voz balbuciente:
—Es el *Quijote.* ¡Gran Dios! . . . .

Cayó el libro de sus manos,
Llanto por su faz rodó,
Iluminóse su frente
De gloria con el claror:

Alzó los ojos á lo alto,
Luego al suelo los bajó,
Y entre sollozos de fuego
Decía: «Gracias, Señor.»

Con pena y con extrañeza
El mancebo le miró,
Y en su mente revolvía
La causa de su emoción,

Cuando el soldado infelice
En sus brazos le estrechó,
Y sentía que en su pecho
Le saltaba el corazón.

—No adivino, buen anciano,
La causa de esa pasión;
Decid siquier vuestro nombre;
También os diré quien soy.

—¿Cómo os llamais? sin soltarle
El anciano preguntó.
—Me llamo Agustín Moreto.
—Miguel de Cervantes yo.

Miguel Gerónimo Martínez.

Canónigo de la Catedral de Puebla, nacido en Huejotzingo, de la Provincia de Puebla, en 1817, y muerto en la ciudad del mismo nombre el 5 de Agosto de 1870. En el género de la poesía mística hizo obras bellas y santas. Apuró el néctar de su inspiración en las inagotables fuentes del cristianismo. En sus versos se aspira el incienso y se escucha el toque de la campana del Santuario: tienen el acento, el misterio y la grandeza de la religión que los inspira.

LA PODA.

Tempus putationis advenit.

Podando estoy mi solitario huerto
Hora que, del invierno á los rigores,
Marchitos aun los árboles mayores,
Tornóse el campo un árido desierto.

Cuando de galas y esplendor cubierto,
El Abril pase derramando flores,
Del sol á los vivíficos ardores
Mis árboles darán un fruto cierto.

Si otra poda interior hacer pudiera
Allá en mi corazón y el alma mía,
¡Con qué dulce placer, con cuánto anhelo

En el místico huerto recogiera
Flores de amor filial para María,
Frutos de vida eterna para el cielo!

José Sebastián Segura.

Nació en Córdoba en 1817; falleció en México en 1889. Miembro correspondiente de la Real Academia Española. Abrazó en sus últimos años el estado eclesiástico. Ingeniero notable, ensayador de plata y oro en Pachuca hasta el año de 1866 que vino á México Ocupó altos puestos en la política del país; pero su memoria es imperecedera por sus obras literarias: tradujo las *Respuestas breves y familiares*, por Segur, escribió muchos versos y colaboró en los periódicos *La Aurora* y *Año nuevo;* pero lo mejor con que enriqueció las letras patrias, fué con sus traducciones de la *Divina comedia*, del Dante; *El Paraíso perdido*, de Milton; *La Campana*, de Schiller; los *Himnos* de Tirteo, y las *Odas*, de Horacio.

A ISRAEL EN EL DESIERTO.

¡Qué bellos son, Jacob, tus pabellones!
¡Como selvosos valles son tus tiendas!
¡Y qué fuego en las bélicas contiendas
Anima á tus intrépidas legiones!

¡Qué dulces son tus místicas canciones!
¡Qué ricas y cuán puras tus ofrendas!
¡Maldito quien se aparte de tus sendas!
¡Bendito quien te dé sus bendiciones!

Observa de Jehovah las santas leyes,
Adórale, Israél, con toda el alma,
Y al fin verás tu libertad cumplida.

Hollarás las coronas de los reyes,
De la victoria cogerás la palma.
Y entrarás en la tierra prometida.

Guillermo Prieto.

Nació en México el 10 de Febrero de 1818; murió el 3 de Marzo de 1897. Fué Ministro de Hacienda y Crédito Público, Constituyente y Diputado al Congreso de la Unión. Describiendo las costumbres y cantando las glorias del país, logró el hermoso título de poeta nacional. Salvó la vida del Benemérito de las Américas, Benito Juárez. en ocasión solemne. No era, como se ha querido sostener. un gran orador, una palabra arrebatadora; pero poseía la elocuencia del sentimiento y de la convicción, y como por su boca hablaban la libertad y la reforma. como su personalidad era la historia viva de una época gloriosa, se le aplaudía siempre. Como poeta dejó mucho que desear en punto á corrección, si bien fué inspirado en demasía. Fué un hombre de bien á carta cabal, un político honrado. íntegro, inquebrantable. incorruptible; en los altos puestos que ocupó pudo hacer una gran fortnna, especialmente en los tiempos de la desamortización, y ha muerto dejando á sus herederos un corto capital, producto de sus economías y

privaciones. Puede considerársele como uno de los hombres públicos de México que debe señalarse á la juventud como modelo de rectitud de conciencia.

A . . . . (*)

Recinto de azucenas, pensil de amores,
La de excelsos volcanes y limpios lagos;
México, á la que brinda la tierra flores
Y el aura halagos.

Bella eres si coronas á tus guerreros,
Eres bella premiando los que te adoran;
Pero son tus encantos más hechiceros
Con los que lloran.

Tienen tus dignos hijos noble bravura;
El honor en las lides sigue sus huellas,
Y dejas los tesoros de su ternura
Para sus bellas.

Hay una hermosa tierra que sus entrañas
Sintió las devoraba fuego tremendo;
Y miró vacilante, de sus montañas
La frente ardiendo.

Hay una hermosa tierra que se arrullaba
Al rumor de las ondas de sus trigales,
Donde el límpido arroyo sus pies bañaba
Con sus cristales.

Bajo las frescas sombras, los labradores
Animaban el juego de tiernos niños;
Los pájaros cruzaban cantando amores
A sus cariños.

(*) Poesía leída por una distinguida actriz en la función á beneficio de las víctimas de los terremotos de Jalisco.

¡Ay! que la tierra cruje como los mares,
Y ruedan en el suelo como deshechos,
Las torres del santuario, los dulces techos
De los hogares.

Hoy eres, ciudad bella, yermo desierto,
Hoy son lúgubre tumba tus tristes ruinas,
Hoy sol de San Cristóbal. . . . cadáver yerto,
Triste iluminas.

¿Dónde está la morada del gozo abrigo?
¿En dónde sus claveles y enredaderas? . . .
¡No vuelvas tus miradas, pobre mendigo,
Para tus eras!

Y llevaron los aires tristes lamentos,
Que en ecos dolorosos, ¡piedad! decían;
Y al llevarlos, las almas se estremecían
De hondos tormentos.

Y la piedad sublime, sintió sus ojos
Divinos, inundados de tierno llanto. . . .
¡Piedad! ¡piedad! reclaman tantos despojos,
Tanto quebranto!

¿Quién en su hogar no tiene madre adorada?
¿Quién un hijo no mima con su ternura? . . .
Ellos piden que ampare la desventura,
Piedad sagrada!

Porque esta noble patria de limpio cielo
Tiene hechizos que encantan y que enamoran,
Pero es grande y sublime. . . . como consuelo
De los que lloran!

Ignacio Ramírez.

Nació en San Miguel el Grande (Guanajuato) el 23 de Julio de 1818. Murió en México el 15 de Junio de 1879. En sus versos se encuentra corrección admirable giros y finales armoniosos y redondos Hombre de gran saber, entusiasta por la libertad y por el progreso. se hizo respetar por sus convicciones y por su inteligencia. Fué un campeón vivo. intencionado, enérgico, mordaz, elocuente y brillantísimo del partido liberal, en sus luchas con el bando conservador. Fué conocido generalmente con el pseudónimo de «El Nigromante.»

A EZEQUIEL MONTES.

(Enviándole un libro de Fr. Luis de León.)

Dulce amigo, recibe con agrado
La obra de un fraile que pasó su vida
De lo noble y lo bello apasionado.

La fama le siguió por la escondida
Senda del huerto donde su alma pura
Los palacios de jaspe y de oro olvida.

Delicias melancólicas apura
A la sombra del árbol rumoroso,
En el prado vestido de verdura,

Al lado del arroyo tortuoso,
De cuyas ondas y guirnalda el viento
Sale jugando fresco y oloroso.

Allí le place modular su acento
Pulsando diestro la amorosa lira,
Confidente de penas y contento;

Allí la majestad del cielo admira;
Y á descubrir la misteriosa huella
De la clara legión osado aspira

Olvida luego amor, huerto y estrella;
A la patria dirige una mirada
Donde pesar, indignación destella.

Róbale al godo forzador su espada
La traición; y al dejar el torpe lecho,
Descubre á su nación encadenada.

Esto León cantaba. Pero estrecho
Era el Parnaso para tanta idea
Que amamantaba en su robusto pecho.

La docta antigüedad griega y hebrea
Le enseña los secretos de su idioma,
Y en pró de su país, él los emplea

Vuelo de águila, arrullo de paloma,
Un crimen son en quien el mundo pisa
Despedazando entre Madrid y Roma.

Tu inocencia en prisión sólo divisa
Del Santo Oficio con la luz humosa
De Felipe segundo la sonrisa.

Y, no te amedrentaste! Y tu gloriosa
Misión supiste como vate y sabio,
Añadir á tu frente esplendorosa.

La corona de mártir no fué agravio:
De Sócrates la copa envenenada
Una gota guardó para tu labio.

Las almas fuertes celebrar me agrada
Hoy que mi excelsa patria se derrumba
Al peso de una turba degradada.

Escápese su elogio de mi tumba,
Dando á los viles incesante susto.
Como un baldón en sus oídos zumba
El nombre de un varón constante y justo.

Casimiro del Collado.

Nació en Santander (España) en Marzo de 1821; murió en la Capital de la República el 28 de Marzo de 1898. Por haber vivido y escrito en México. donde fijó su domicilio y formó su hogar, incluímos su nombre en esta colección de versos. Se hizo notable por su gusto depurado y clásico. Fué miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Don Marcelino Menéndez Pelayo ha escrito lo siguiente acerca del poeta español á que nos referimos: «En el manejo de la lengua y en el arte de la versificación. el Sr. Collado es maestro: si de algo se le puede tachar. es de exceso de artificio y de buscar dificultades por el gusto de superarlas. Numerosas, rotundas y llenas son sus estancias: felices sus inversiones y latinismos: variadas y nunca vulgares sus rimas, y aplicados con horaciana novedad sus epítetos.»

ODA

En la inauguración del Ferrocarril entre Puebla y México.

A D. Manuel Pérez Salazar.

¡Te admiro al fin, benéfico portento
de la humana invención! Tú, de natura

dominando á placer el vasto aliento,
que en breve tubo encierras,
con la celeridad del pensamiento
traspasas mares y traspones sierras!

La eterna catarata
que, en curso irrevocable,
por la escala del tiempo se arrebata,
con alba de victoria
del error las quimeras desbarata;
y despunta con gloria
época en que la fábula se cumple
que sirvió de crepúsculo á la historia:
Sísifo empuja la pesante mole
y en el vértice agudo la sujeta;
corona Prometeo sus afanes,
raptor feliz de la celeste lumbre,
y orgullo de Titanes
de Olimpo huella la sagrada cumbre.

Ved burlada la cólera del rayo;
su esencia, sometida á mensajera
de la palabra, en admirable ensayo.
Ved al vapor, cometa de esta esfera,
surcar los asombrados continentes,
allá tendidos golfos,
acá supera cumbres eminentes.
Ved como de las rocas al abismo
desciende, con las máquinas que turban
del oro ansiado el secular quietismo.

Ni de los aires la región se libra
de la industriosa intrepidez del hombre:
arrebatado por flotante globo,
siente en sí conmoverse toda fibra,
siente el alma elevarse en dulce arrobo!

¡Oh! del genio al poder, á la constancia,
no hay obstáculo, término, distancia.

Contemplaban los ojos há un instante,
la metrópoli augusta de los lagos,
coronada de limpios horizontes;
como odalisca en flores y entre lagos,
guardada en cerco de celosos montes.
De los yertos volcanes á la diestra,
el sol por el sereno azul subía:
un Niágara de luz, de amor en muestra,
por el risueño valle repartía;
y su amante mirada, cual la nuestra,
en maravilla tanta detenía,
cual repugnando proseguir el vuelo
que le derrumba de Occidente al cielo.

Atrás fueron quedando
del Tepeyac el risco milagroso,
tanto al devoto pecho venerando;
las que erigió el Tolteca,
pirámides egipcias—tumba ó ara;—
el hondo valle, do el mayor caudillo
la rota de fatal noche repara
con victoria y laurel de eterno brillo;
Tlaxcala que, entre cerros, el encono
y el probado ardimiento disimula;
al pie de informe, verdinegro cono,
la sagrada Cholula;
granjas, aldeas, lomas y planicies
en agave inebriante y mies opimas;
y en sucesión de extensos panoramas,
campos que el Cáncer agotara en llamas
sin el frescor de las nevadas cimas.

Hénos donde la ascética hermosura,
los encantos felices
de que ufana blasona,
á pesar de sus hondas cicatrices,
del Atoyac la mártir amazona
con imponente majestad despliega:
hénos entre espectante muchedumbre
que inusitado júbilo congrega,
sonriendo con íntimo alborozo
de un porvenir sereno á la vislumbre,
de una esperanza renaciente al gozo.

¡Salud! turbio Atoyac, índico Alfeo!
Tu valle antaño fué risueña Arcadia;
y en lo mejor de tu gentil rodeo,
Campo del arte de Murillo irradia.
Mas como el mundo ya fortuna ó lauros
al pincel no discierne ó dorio metro,
tú la paleta y el rabel sonoro
depón: anhela el provechoso cetro
de la ruda materia;
y ensanchando tus cauces,
industria mande tu fecunda arteria
del Pacífico mar hasta las fauces.

Apenas la campiña que recorres
alegra nuestra vista, la gloriosa
ciudad prorrumpe en atronante salva;
y el sacro bronce, en las antiguas torres,
del nuevo porvenir saluda el alba.

Hénos aquí por fin —momento fausto
que enlaza de dos pueblos los hogares!—
ofreciendo purísimo holocausto
del trabajo y la paz en los altares.

Dos ciudades gemelas,
prez de la indiana zona,
con vínculo mayor unirse miran,
y en noble emulación, de hoy más aspiran
del progreso á la sólida corona.
¡Himnos al grato evento!
De un pueblo los afanes galardona
que, de quietud y bienestar sediento,
sólo de la esperanza, á los auspicios,
de oro y sudor previene sacrificios.

Porque de libertad blasona en vano,
si enerva civil guerra su grandeza;
si esqueleto de mísera pobreza
le ase tenaz con descarnada mano;
si laborioso enjambre
en la vasta colmena de naciones,
miel sabrosa no lleva, fruto propio
de sus nativos dones,
de los comunes bienes al acopio.

Cada conquista en la empezada empresa
del trabajo los triunfos asegura;
del fuego de la guerra una pavesa
mata, y el reino de la paz augura.
Raïz de la ventura,
pan del pobre, solaz del opulento,
bendición de la patria y la familia,
la paz divina con fecundo aliento
el derecho, el deber fácil concilia,
dura labor y plácido contento.
El suspirado instante se apresure
y de la paz en el feliz regazo,
al orbe unido en fraternal abrazo,
la copa del placer México apure.
Sentado en el certamen de los pueblos,

de amor y admiración objeto sea;
y en bienestar profundo
su misión especial cumplida vea,
cooperando á la misión del mundo.

¡Grande, santa misión! Ante ella se hunden,
por el trabajo y el saber vencidos,
obstáculos, distancias: ya los hombres
se mejoran, se estrechan, se confunden
hacia el destino primordial traídos:
de libertad el reino y de justicia
del porvenir avanza en los arcanos;
y en vez de opuestas razas y naciones,
en sangre prontas á empapar las manos,
del tranquilo Universo las regiones
sólo verán y admirarán hermanos!

Alejandro Arango y Escandón.

Correspondiente de la Real Academia Española. Nacido en Puebla el 10 de Julio de 1821; muerto en México el 28 de Febrero de 1883. Acicalado hablista y terso y clásico poeta. Escribió un «Ensayo histórico sobre Fray Luis de León,» un libro de versos y algunas traducciones del italiano y del griego.

A ANIBAL EN CAPUA.

(Traducido de Frugoni.)

Dejas que el ocio, asida de la mano
Con faz risueña la indolencia amiga,
Del yelmo te desnude y de loriga
Sienes y pecho, bárbaro africano?

Torva te muestra por tu Logar liviano
Oprobio vil la militar fatiga,
El triunfo en la tardanza tu enemiga
Pierdes, á triunfos escogido en vano.

Burlada invoca al mal jurado cielo
La alta promesa. Fabio en la montaña
Su patria aspira á redimir valiente.

Ah! ve cual tuerce la victoria el vuelo;
Y cual, ardiendo también ella, en saña,
Te arranca el lauro en que ciñó tu frente.

Manuel Díaz Mirón.

Nació en Veracruz el 12 de Agosto de 1821; murió en la misma ciudad el 4 de Enero de 1894. Gobernador y Comandante militar de su Estado natal. Tenía el hondo sentimiento elegiaco de Espronceda y Byron. Nacido en las orillas del Golfo, oreada su frente por las brisas marítimas, dejó oír en sus cantos el murmullo misterioso, el lamento indefinible del Océano.

LA CRUZ RUSTICA.

I

Solitaria, cual yo. . . . cual yo, olvidada!
Signo de fe que dejan en la nada,
ó signo de expiación!. . .

donde quiera á tus pies llevas la muerte:
yo la llevo también—es nuestra suerte!—
aquí, en el corazón!

Ambos en esta senda nos hallamos!
¡Ay de los tristes que al pasar buscamos
la paz, la eterna luz!

Diciendo estás al hombre su destino:
llevar la cruz del mal en su camino;
caer bajo una cruz!

Triste es la flor que entre tus piedras crece:
fruto de muerte que al brotar perece,
sin comprender por qué!

Creación que el viento sobre el polvo arroja,
¿lleva, también, la muerte en cada hoja?
La muerte está á su pié.

Cuán triste y cuán sublime es tu lenguaje,
término misterioso de este viaje
hasta una eternidad!

Tú, que al confín estás de esta existencia,
dí, qué hay mas allá? Sueño ó demencia?
mentira ó realidad?

. . . .

¿Qué te dicen las sombras pavorosas
y las notas del aura misteriosas,
y el pájaro, al pasar?

¿Qué los suspiros del dormido lago
y de las brisas el murmullo vago,
y el ancho y ronco mar?

Tal vez te dicen que la humana vida
es un eco, una sombra, ola perdida,
perfume de una flor:

que al hombre sin ventura, cada hora
una esperanza, una ilusión devora,
dejándole un dolor.

El sol que hoy te alumbró, la aurora ufana
que ayer te saludó, vendrán mañana. . . .
vendrán, sí, como ayer.

El hombre, empero, herido de tristeza,
doblará sobre el polvo su cabeza
para jamás volver!

Las piedras que á tus pies arroja el hombre
viven más que su fama y su renombre
en tu rústico altar.

Ellas descansan á tu sombra escasa:
el hombre llega, se arrodilla y pasa. . . .
se abisma en este mar!

. . . .

II

Es el otoño: de su pompa ahora
el árbol se desnuda y atesora
las hojas á su pie. . . .

Así también, del árbol de la vida
una ilusión tras otra desprendida
rodar el hombre ve.

Entre las grietas de las piedras crecen
pálidas yerbas que jamás florecen,
sin jugo, sin olor. . . .

Así del corazón en las heridas
crecen, con llanto y sangre humedecidas
las plantas del dolor.

Ay! en los labios de natura espira
el cántico de amor: todo respira
tristeza sin igual. . . .

Así la vida de sus sueños vuelve
y en un sudario fúnebre se envuelve
con ansia ya mortal. . . .

. . . .

El río va hacia el mar: la nube al cielo,
y la onda azul, en amoroso anhelo,
las playas á subir:

el viento á suspirar en la cañada:
el pájaro á cantar en la enramada. . . .
el hombre va á morir!

El hombre solo en la creación perdido,
corre, ó vaga, á la orilla del olvido,
sin saber dónde va.

Hoja de un árbol que al caer suspira,
flor que, al abrirse, sobre el polvo espira,
qué busca? adónde irá?

Mísera humanidad! Sigues doquiera
un fantasma, una sombra, una quimera
que nunca alcanzarás.

Detrás de tí no habrá más que vacío. . . .
delante, duda, tedio, desvarío. . . .
reposo y bien, jamás!

. . . .

General Vicente Riva Palacio.

Nacido en México el 16 de Octubre de 1832; muerto en Madrid el 22 de Noviembre de 1896. Miembro correspondiente de la Real Academia Española, diputado y senador de la Unión, Gobernador de los Estados de México y Michoacán, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Ministro de Fomento en México y Ministro de México en España, puesto que desempeñaba al morir. Escribió las siguientes obras: *Calvario y Tabor*, *Monja y casada*, *Martín Garatuza*. *Los piratas del Golfo*, *Las dos emparedadas*. *Don Guillén de Lampart*, *Los Ceros*, y *Páginas en verso*. En colaboración con D. Juan A. Mateos, escribió *Las liras humanas;* con D. Manuel Payno, *El libro rojo;* con D. Juan de Dios Peza, *Leyendas mexicanas*, y con varios literatos, *México á través de los siglos*. La pureza de su conciencia y la firmeza de sus convicciones liberales, revelaron en él á un político de gran talla; sus inspirados versos, á un poeta de vuelo; sus atildados escritos, á un prosista inimitable y á un historiador de envidiable erudición; sus campañas en la prensa, á un terrible y mordaz periodista de combate.

EN EL ESCORIAL.

Resuena en el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita allí el recuerdo, que allí en vano
Contra su propia hiel buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano

Que la vida cruzó sin un amigo;
Aguila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

Isabel Prieto de Landázuri.

Nació en la villa de Alcázar de San Juan, en la provincia de Estremadura, España, el 1º de Marzo de 1833. Vino muy niña á México, en 1837, y se educó en Guadalajara. Murió en Hamburgo el 28 de Septiembre de 1876. Don Marcelino Menéndez y Pelayo advirtió que no figura en su Antología de Poetas mexicanos muertos la poetisa de quien hablamos, por haber nacido en España. Nosotros creemos que Isabel Prieto de Landázuri y Casimiro Collado nos pertenecen, por la misma razón que Colón pertenece á España. Sus obras dramáticas son: *Las dos flores*, *Las dos son peores*, *Oro y oropel*, *Abnegación*, *La escuela de las cuñadas*, *Un lirio entre zarzas*, *El ángel del hogar*, *En el pecado la penitencia*, *Una noche de carnaval*, *¿Duende ó serafín?* *Un corazón de mujer*, *Espinas de un error*, *Un tipo del día*, y *Soñar despierto ó la maga de Ayodoric*. Dejó además otras dos originales y sin título, la traducción de *Marión Delorme*, de Víctor Hugo, y alguna otra.

A MI ESPOSO.

Triste es medir el paso de las horas,
Cuando cada una de ellas, que adelanta,
Deja impresa la huella de su planta
En lágrimas de angustia abrasadoras.

Cuando al pasar nos roban destructoras,
De nuestra edad primera la fe santa,
La risueña ilusión que nos encanta,
Las bellas esperanzas seductoras.

Pero es dulce contarlas cuando llenas
De recuerdos radiosos y queridos
Se deslizan tranquilas y serenas;

Y de los corazones, bien unidos
Por un amor, alivio de sus penas,
Señalan los unísonos latidos.

Ignacio M. Altamirano.

Nació el 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla (Guerrero); murió en San Remo (Italia) el 13 de Febrero de 1893. Benito Juárez, Ignacio Ramírez, y Altamirano han reivindicado, en favor de la raza indígena, el prestigio que legítimamente le pertenece; ellos han demostrado con su talento y con su valer, que la causa de su atraso radica en el abatimiento en que se le ha querido tener. Sus obras son: *Rimas*, *Movimiento literario en México*. *Dramaturgia mexicana*, *Baltasar*, *Medea*, *Clemencia*, *Antonia y Beatriz*, *Luisa*, *La Navidad en las montañas*, y la colección de sus discursos publicada poco antes de su muerte. Fué diputado al Congreso de la Unión, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia y Cónsul de México en París, cargo que desempeñaba cuando le sorprendió la muerte. Como orador, su palabra llena de tonos y colores, era fácil, correcta, elocuente; hablaba con gran fogosidad y entusiasmo, y empleaba apóstrofes tribunicios. En la época de las luchas de partidos, cuando Altamirano subía á la tri-

buna, la tempestad era segura. Como poeta, era un modelo de corrección y de buen gusto. Su estilo tenía la belleza de una selva americana, pero no de una selva virgen, de vegetación inculta, sino de un campo cultivado por la experta mano de la civilización.

LA SALIDA DEL SOL.

Ya brotan del sol naciente
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas
De los encumbrados montes.
Las neblinas de los valles
Hacia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan
O en las cañadas se esconden.
En ascuas de oro convierten
Del astro rey los fulgores,
Del mar que duerme tranquilo
Las mansas ondas salobres.
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores,
En la alfombra de los prados
Y en el manto de los bosques.
Sobre la verde ladera
Que esmaltan gallardas flores,
Elevan su frente altiva
Los enhiestos girasoles,
Y las caléndulas rojas
Vierten al pie sus olores.
Las amarillas retamas
Visten las colinas, donde
Se ocultan pardas y alegres
Las chozas de los pastores.
Purpúrea el agua del río
Lame de esmeralda el borde,

Que con sus hojas encubren
Los plátanos cimbradores;
Mientras que allá en la montaña
Flotando en la peña enorme,
La cascada se reviste
Del íris con los colores.
El ganado en las llanuras
Trisca alegre, salta y corre;
Cantan las aves, y zumban
Mil insectos bullidores
Que el rayo del sol anima,
Que pronto mata la noche.
En tanto el sol se levanta
Sobre el lejano horizonte,
Bajo la bóveda limpia
De un cielo sereno. . . . entonces
Sus fatigosas tareas
Emprenden los labradores,
Y un santo respeto embarga
Sus sencillos corazones.
En el valle, en la floresta,
En el mar, en todo el orbe
Se escuchan himnos sagrados,
Misteriosas oraciones;
Porque el mundo en esta hora
Es altar inmenso, en donde
La gratitud de los seres
Su tierno holocausto pone,
Y Dios, que todos los días
Ofrenda tan santa acoge,
La enciende del sol que nace
Con los puros resplandores.

Luis G. Ortiz.

Nació en México el 14 de Abril de 1835; murió en la misma ciudad el 28 de Mayo de 1894. Poeta que cultivó con éxito el género erótico.

CRISTO.

Entre el furor de la caterva impía,
Desfallecido y con la cruz á cuestas,
Llega el Hijo de Dios sobre las crestas
Del monte que de horror se estremecía.

Ya elevada la cruz le sostenía;
Y en las regiones de la tierra opuestas,
Cielos y mar y llanos y florestas,
Todo es tiniebla en tan tremendo día!

Del sacro monte se desgarra el velo,
Y la Madre de Dios un ¡ay! profundo
Lanza, cayendo sobre el duro suelo.

Se estremece el abismo en lo profundo;
Y en medio del horror de tierra y cielo,
Brota la sangre que redime al mundo.

Juan Díaz Covarrubias.

Nació en Jalapa el 27 de Diciembre de 1837. Sirviendo como practicante de medicina en el campamento liberal de Tacubaya, fué fusilado por Márquez. jefe conservador, el día 11 de Abril de 1859, cuando apenas cumplía el joven poeta vein-

tidós años de edad Sus obras se hallan compiladas en un volumen titulado: *Obras completas de Juan Díaz Covarrubias*, y contiene. en prosa: *Impresiones y sentimientos*, *La clase media*, *El diablo en México*, *Gil Gómez el insurgente* y la colección de sus poesías.

Altamirano, en sus *Revistas literarias* (México 1868), dice acerca del infortunado Díaz Covarrubias: «El carácter literario del joven mártir de Tacubaya. es bien conocido para que nos detengamos á analizarle. Aquella vaga tristeza que no parecía sino el sentimiento agorero de su trágica y prematura muerte; aquella inquietud de una alma que no cabía en su estrecho límite humano; aquella sublevación instintiva contra una sociedad viciosa que al fin había de acabar por sacrificarle; aquella sibila de dolor que se agitaba en su espíritu. pronunciando quién sabe qué oráculos siniestros; aquella pasión ardiente y vigorosa que se desbordaba como lava encendida de su corazón: hé aquí la poesía de Juan Díaz Covarrubias, hé aquí sus novelas. Hay en su estilo y en la expresión de sus dolores precoces, grande analogía entre este joven y Fernando Orozco. Hay en sus infortunios quiméricos como un presentimiento de su horrible martirio, y por eso, lo que entonces parecía exagerado, lo que entonces parecía producción de una escuela enfermiza y loca. hoy nos parece justificado completamente.»

La conciencia y la humanidad protestaron contra la ejecución de los mártires del 11 de Abril. muertos cruelmente en la sombra; porque aquellos jóvenes, por más que los moviesen sentimientos de simpatía hacia el partido liberal, no llevaban al campo de batalla otro fin que el de ejercer la noble profesión de la medicina. Mientras México exista, durará el sentimiento de compasión hacia esas víctimas.

A UNA NIÑA.

Crece, pequeña flor! crece lozana
En blandas risas de amoroso afán,
Que aun no te agita en tu primer mañana
El soplo abrasador del huracán.

Cándido cisne de argentadas alas,
Cruzas del mundo el agitado mar,
Aun no marchita tus brillantes galas
El mortífero aliento del pesar.

¡Crece! y en tanto en lánguido beleño
Te brinda con sus risas el placer,
Mira correr la vida como un sueño
Sin pensar en mañana ni en ayer.

¡Oh! dichosa mil veces; no has sentido
Las tristezas del alma lo que son,
Ni jamás el dolor has conocido,
Ni la hiel de un cansado corazón.

¡Oh! dichosa mil veces; en el suelo
Gozas ufana de placer sin fin,
Y cuando duermes te transporta al cielo
En sus alas de luz, un querubín.

Jamás conozcas, niña venturosa
Otros placeres que el materno amor,
O prender á la blanca mariposa
Al posarse en el cáliz de una flor.

Tiempo vendrá que en desolado llanto
Mires trocando tu risueño Edén,
Y el pesar, la tristeza, el desencanto
Desgarrarán tu corazón también.

Nunca venga *mañana* á tu memoria
Ese feliz *ayer* que ya pasó.
Que un recuerdo es de lágrimas historia,
¡No recuerdes jamás! querida. . . . no.

Sigue en tanto esa senda tan florida
Que aun no borda de abrojos el dolor,
¡No recuerdes jamás! y olvida. . . . olvida
Lo que te dijo un pobre trovador.

Juan Valle.

Nació en Guanajuato el 8 de Julio de 1838; murió en Guadalajara (Jalisco) en 1864. Admira, en verdad, cómo este poeta, ciego á los cinco años de edad, pudo describir en sus versos tan fielmente las bellezas de la naturaleza ocultas á sus ojos.

EL CREPUSCULO EN LA PRESA.

A Lucinda.

Silencio, soledad, melancolía
Reinan doquier: tan sólo la campana
La oración dando en la ciudad lejana,
Anuncia de la tarde la agonía.

Se extienden en redor fajas de montes
Que se van elevando allá á lo lejos,
Y del día espirante á los reflejos,
Limitan los distantes horizontes.

Rústicas chozas en su falda humean,
Y sube el humo en blancas espirales,
Y á través de sus ondas desiguales,
Los fuegos de la luz entreclarean.

Abajo el ancha Presa está tendida,
Y el azul de los cielos reproduce
Inmensa concha que se ostenta y luce
En su marco de peñas embutida.

Con nubes qne lo cercan sonrosadas
Parte su última luz el sol poniente,
Cual padre que, al morir, lánguidamente
Entre sus hijas parte sus miradas.

La luna, en tanto, tras la opuesta loma
Melancólica y dulce va saliendo,
Como cuando el placer se va escondiendo,
Por lado opuesto la esperanza asoma.

Y de la Presa en el espejo blando,
Sus rayos luna y sol al par retratan,
Y en el agua se mezclan y dilatan,
Su reflejo en cada ola transformando.

De mil luceros el zenit se puebla,
Chispas de plata sobre azul alfombra:
Ya el sol se ve de ocaso entre la sombra
De polvo de oro como leve niebla.

Vencedora la luna al contemplarse,
Tendiendo en el paisaje su mirada,
Hermosa, negligente y descuidada,
Del lago en el cristal viene á mirarse.

Las luciérnagas pasan á millares,
Como estrellas errantes y viajeras,
Y se esparcen en notas pasajeras
De la noche los ruidos familiares.

El céfiro nocturno, suspirando,
Forma en el agua músicos acordes,
Y las pequeñas olas en los bordes
Se vienen á estrellar de cuando en cuando.

¡Qué muelle laxitud! ¡qué dulce calma!
A fuerza de quedar muda y tranquila,
Lánguida la existencia se aniquila
En una sensación toda del alma.

¡Qué plácido es estar pensando á solas,
De noche, en este sitio retirado,
Y, viviendo en recuerdos del pasado,
Llorar y suspirar con estas olas!

¡Qué triste y bella está naturaleza
Con esa agua, esa luna, ese vacío! . . .
La tristeza que reina en torno mío,
Se armoniza muy bien con mi tristeza.

¡Albergue melancólico, tú existes
De los amantes para edén dichoso!
Que siempre, por instinto misterioso,
Va buscando el amor los sitios tristes.

Para grabar en tí nombres y fechas,
Tienes peñascos, árboles y losas,
Y románticas grutas silenciosas,
Para el amor por los amores hechas.

Tienes flores de senos reservados,
Para dejar entre tus hojas presos
Hondos suspiros y secretos besos
Por el amor tan sólo adivinados.

Mas fiera á mí me condenó la suerte
A vagar sin amor y sin ventura,
Y el ósculo primero de ternura
Me lo darán los labios de la muerte.

Y, si la fecha de mis días bellos
En tus troncos dejar quiero grabada,
Suspira y gime el alma contristada,
¡Ay! yo no tengo que grabar en ellos.

Y por esto tan sólo yo querría
Morir aquí por única fortuna;
Y que la luz querida de esa luna
Fuera la aurora de mi eterno día.

José Rosas Moreno.

Nació en Lagos (Jalisco) el 14 de Agosto de 1838; murió en la misma población el 13 de Julio de 1883.

Rosas ha escrito mucho, y sus obras principales son: *Hojas de rosa*, poesías (México, 1864).—*Fábulas*. Tienen prólogo de D. Ignacio M Altamirano; merecieron una mención encomiástica de la Academia mexicana de ciencias y literatura, y han sido tan bien aceptadas, que se han hecho de ellas tres ediciones. Algunas de esas fábulas han sido traducidas al inglés, una de ellas por William Cullen Bryant.—*Nuevo Libro 2º*, 16 ediciones.—*La ciencia de la dicha*, 3 ediciones.—*Libro de oro*

de las niñas.—*Ortología*, 3 ediciones.—*Manual de urbanidad.*—*Un viajero de diez años.*—*Excursiones por el cielo y por la tierra.*—*Recreaciones infantiles*, 2 ediciones.—*Nuevo amigo de los niños.*—*Compendio de la historia de México.*—*Libro de la infancia*, 2 ediciones.

Ha escrito bastantes obras dramáticas. y de ellas conocemos las siguientes: *Flores y espinas*, drama en 3 actos y en verso.—*Una mentira inocente*, comedia en 2 actos.—*Nadie se muere de amor*, comedia en 3 actos.—*Un proyecto de divorcio*, comedia en un acto.—*Los parientes*, comedia en 3 actos.—*El pan de cada día*. comedia en 3 actos.—*Sor Juana Inés de la Cruz*, drama en 3 actos.

Entre sus comedias infantiles son muy notables el *Año nuevo*, el *Premio de la virtud*, *Amor filial* y *Una lección de geografía*.

Dejó inéditas dos comedias: *La mujer de César* y *Al rededor de la cuna*, y un drama histórico: *El bardo de Acolhuacán*.

D. Juan de Dios Peza dice que Rosas Moreno, como poeta, es de extraordinaria dulzura, y su estilo es tan correcto que, sin temor de equivocarse, se puede asegurar que si tenemos en México clásicos, él es uno de ellos.

Tiene razón el Sr. Peza. No hay naturalidad, sencillez, sobriedad y buen gusto, como la de los versos de ese inolvidable cantor de la primavera.

EL ZENTZONTLE.

¡Cuán dulce es la harmonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,
El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu candenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes

La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los *sinsontes* su atmósfera cruzaran
A la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Y orgullosos volando en las alturas,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos de entonce en raudo vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus verjeles,
Sus floridos y extensos limonares,
Sus magníficos bosques de laureles;
Y suspiran dulcísimos cantares
Impregnados de amor y sentimiento,
Y el ambiente respiran de sus mares,
Y orgullosos se mecen en el viento
Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
La reina de Occidente,
Ornada en jaspes de vistosas plumas
Alzaba al cielo la serena frente,
Y Axayacatl valiente,
Humillando á sus pies á las naciones
Sus gloriosas conquistas extendía,
Y doquier la victoria sonreía
A la sombra feliz de sus pendones,
En la risueña margen de los lagos,
Los *sinsontes*, con notas celestiales,
Del guerrero imitaban la querella,
El discorde vibrar de los timbales,
La enamorada voz de la doncella,
Y el clamor de los himnos nacionales.
Otras veces, volando en la espesura,

De la fuente imitaban los rumores,
El lamento del mirlo entre las flores,
La querellosa voz de la paloma,
De hondos suspiros llena,
Del tardo buey el trémulo bramido,
Y el hórrido silbido
Del reptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
La majestad divina
Que un sol de fuego espléndido ilumina,
Mustia y triste la Europa nos parece,
Y su antigua hermosura palidece;
Así cuando el *sinsonte* enamorado,
Feliz se oculta en el risueño prado
Y canta entre las palmas y las flores,
Deben enmudecer los ruiseñores.

Tú, inimitable artista,
En mil revueltos giros
Volando caprichoso,
Imitas cadencioso
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.
Siempre hallas una voz y una harmonía
Para expresar tu duelo,
Y traduces en tierna melodía
Del amor el dulcísimo consuelo
Y el ardiente placer de la alegría.
Tienes siempre al mecerte por el viento,
Para todos los goces un acento;
A todo prestas inefable encanto,
Y ora el dolor te agite, ora el contento,
No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
Que tú no expreses con tu tierno canto.
¡Cuál conmueve tu voz el alma mía!
¡Bendita la harmonía

De tu suspiro amante,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos.
¡Plegue al piadoso cielo
Que en estrecha presión nunca suspires
Triste canción de duelo,
Que en orgulloso vuelo
Cruzando las inmensas cordilleras,
A nuestra patria mires
Bendita por la historia;
Y que repitas siempre en tus cantares
El himno de su gloria,
Al gemir de sus anchos platanares
Y al rumor de las olas de sus mares.

Manuel Flores.

Nació en San Andrés Chalchicomula (Estado de Puebla) en 1840; murió ciego en México el 20 de Mayo de 1885. Salvo ciertos defectos prosódiços. fué un poeta de gran mérito. En la poesía amorosa, en la cual no ha tenido en nuestro país quien lo iguale todavía, supo reunir la castidad con el ardor, y la dulzura con la pasión. No fué menor su éxito en la poesía épica. He aquí lo que acerca de la *Oda á la Patria*, que incluímos en esta colección. escribió el juicioso literato D. José María Roa Bárcena, haciendo una comparación entre el *Canto á la batalla de Junin*. de Olmedo, y la composición citada: «Tal poesía, consagrada á la victoria obtenida sobre el ejército francés el 5 de Mayo de 1862 en el cerro de Guadalupe, inmediato á Puebla. es la mejor de Manuel María Flores, y acaso de cuantas poesías patrióticas se han escrito en México; y me atrevo á someter al juicio de los inteligentes la humilde opinión mía

de que, á pesar de su intercadente desaliño. de algunos defectos de elocución, de la debilidad relativa de su final y del atrevimiento y rareza de metáforas y frases que con más ó menos justicia se reprocha á los escritores de esta última época; por su entonación vigorosa, la sonoridad y rotundidad de muchos de sus versos, lo enérgico y feliz de no pocas de sus imágenes y la espontaneidad y la vida que en ella campean, si bien no podrá aparecer en la misma línea, no figurará en muy humilde lugar cuando la comparemos con la célebre composición de Olmedo.»

ODA A LA PATRIA.

5 de Mayo de 1862.

¡Alcemos nuestro lábaro en la cumbre
Esplendorosa de granito y nieve
Del excelso volcán, á donde raudo
Entre el fulgor de la celeste lumbre
Tan sólo el cóndor á llegar se atreve;
Donde la nube se desgarra el seno
Para vibrar el rayo
Y hacer rodar en el abismo el trueno.
Alcemos, sí, bajo la arcada inmensa
Del cielo tropical y sobre el ara
Diamantina del Ande
El augusto pendón de la victoria,
Que aun mereciera pedestal más grande
La enseña de la Patria y de la Gloria!

¡Oh santo nombre de la Patria! . . . Escuda
Con tu prestigio inmenso
Esta mi audaz palabra, tan desnuda.
De elocuencia y vigor; haz que vibrante
Al pie de tus altares se levante,
Y sea la nube del incienso

Ante el ara de Dios; haz que resuene
Potente, y en su vuelo
Con tu renombre los espacios llene
Y cubra el mundo y se levante el cielo!

Ayer—fugaz minuto que á la Historia
Acaba de pasar en las serenas
Y deslumbrantes alas de la gloria—
Ayer en la ignorada
Cumbre de una colina que ceñía
Una cinta de frágiles almenas
Y pobre artillería,
El mexicano pabellón flotaba
Bajo un cielo de brumas,
Como en la frente del guerrero azteca
Rico penacho de vistosas plumas.
Mas no flotaba al beso voluptuoso
De las brisas del trópico. . . . crujía
Al soplo tempestuoso
De un huracán de muerte, y se tendía
Su lona tricolor, como del íris
Sobre la frente negra de los cielos
La diadema se ostenta
Cuando huyendo flamígera sacude
Su melena de rayos la tormenta!

Y era también un íris de esperanza
Aquel sagrado pabellón erguido
Ante el genio feroz de la matanza.
Aquella enseña del derecho herido
Alzándose terrible á la venganza,
Allí del Mundo de Colón los ojos
Se fijaban severos, centellando
De impaciencia, de cólera y enojos.
Y ¡quién sabe! si airadas
Allá desde los picos solitarios

De la alta cordillera, silenciosas,
Envueltas en sus pálidos sudarios,
De nuestros héroes muertos, asomaban
Las sombras espectrales
Y el Guadalupe atónitas miraban.

¡El Guadalupe! . . . Ostenta en sus laderas
De la patria las bélicas legiones;
Brillan las armas, flotan las banderas,
Y se mezcla al rodar de los cañones
El toque del clarín, la voz de mando
Y el relincho marcial de los bridones.

Y más allá, cruzando la llanura,
Henchidas de arrogancia,
Tendiendo al sol las alas voladoras,
Las imperiales águilas de Francia
Conduciendo las huestes invasoras.

¡Las huestes sin rival! En sus pendones
Cien y cien veces derramó laureles
Propicia la victoria;
Soldados favoritos de la gloria,
En los campos de Europa sus corceles
Han dejado una huella ensangrentada,
Y cien veces sus páginas la Historia
Abrió á la punta de su atroz espada.

Ellas son y ya avanzan. . . . ¡Dios Supremo!
¡Ah! ¿qué va á ser de nuestra pobre tierra
Ante esos semidioses de la guerra?
¿Qué va á ser del soldado mexicano,
Soldado humilde sin laurel ni pompa,
De esos titanes al tremendo empuje? . . .

¿Qué va á ser? . . . Vedlo ya. . . . Suena la trompa,
Silba la bala, la metralla ruge,

Se avanzan con furor los batallones,
Se chocan los guerreros,
Se desgarran flotando los pendones,
Crujen tintos en sangre los aceros,
Tiembla la cumbre, tiembla la llanura
Al estruendo mortal de la pelea,
Y de humo y polvo en la tiniebla obscura,
El cañón formidable centellea!

¡Terrible batallar! Potente rabia
De insensato furor ebrio de sangre;
Festín de la venganza
En que sólo resuena pavoroso
El salvaje rugir de la matanza;
En que fiera la vida
Se escapa palpitante por la herida
Del corazón indómito que aun late
Encendido en las iras del combate.
Instante de terror y de grandeza
En que el débil en bravo se convierte
Y se hace león el corazón del fuerte,
Y convulsa la vida se desgarra
Y se goza el horror y ríe la muerte!

¡Terrible batallar! Golpe por golpe,
Furor sobre furor, vida por vida
Y sangre nada más. . . . Allí el renombre
Del francés vencedor y su pericia
Contra el derecho transformado en hombre
Y armado de justicia.
Terribles las legiones,
Cual de la mar las olas turbulentas
Que flagela el furor de las tormentas,
Se encuentran y se chocan y se rompen
Feroces y sangrientas! . . .
Y ¿es verdad? . . .es verdad? . . .Los invencibles

Los que cejar no pueden,
Los tigres de Inkermann y Solferino,
Aquí, blanca la faz, perdido el tino
Y con miedo en el alma. . . . retroceden? . . .

¿En dónde está su incontrastable arrojo?
¿En dónde su furor armipotente?
¿Dó el llegar y vencer que suyo haría
Inmóvil de terror el continente?
¿Las águilas francesas
No midieron, cruzando el Océano,
Cuánto eres, Libertad, grande y potente
Bajo el inmenso cielo americano? . . .

Soberbias te arrojaron sus legiones;
Y viéndolas llegar, en tu mirada
Las iras del ultraje centellaron!
¡Relámpagos los golpes de tu espada
El rayo de la muerte fulminaron;
Sangrienta charca abrióse tu pisada,
Nada su rabia de leones pudo,
Y ante tu fuerte escudo,
Ellas. . . . las invencibles. . . . se estrellaron!

¡Y tres veces así! . . . del Guadalupe
Quedaron las laderas
De pálidos cadáveres regadas,
Y de francesa sangre
Y sangre mexicana ¡ay! empapadas.
Y cuando el sol de Anáhuac esplendente
Bajaba al occidente,
El ángel tutelar de la victoria
Voló á arrancarle su postrero rayo,
Bañó con él, de México la frente
Sellándola de gloria;

Y con letras de sol «Cinco de Mayo»
Para los siglos escribió en la Historia!

Entonces. . . . tú lo sabes, Puebla mía.
¡Oh Puebla, cuyo nombre bendecido
Ensalzar como quiero nunca supe! . . .
Tu nombre sepultado esclarecido
La Francia lo aprendió en el estampido
Del cañón que tronaba en Guadalupe!
¡Cayó ese nombre en la soberbia Europa
Con el ruido triunfal de una victoria;
Cayó vestido con el ampo de oro
Del sol de Mayo que alumbró tu gloria!

Desde entonces, allá, bajo el sereno
Dosel de auroras que desplega oriente,
Envuelta en olas de oro por la lumbre
De aquese sol triunfal, y coronada
Con el lauro que el tiempo no destroza,
Del Guadalupe yérguese en la cumbre
La figura inmortal de Zaragoza.

Las águilas francesas que algún día
Tendieron sobre el mundo
Ebrias de triunfo las potentes alas,
Llevando entre sus garras las banderas
Vencidas y hechas trizas
De naciones altivas y guerreras;
Las águilas que guiaron la fortuna
Sangrienta de los fieros Bonaparte,
No posaron su vuelo victorioso
Después, del Guadalupe en el baluarte.
Y queda allí, soberbio monumento
De patriotismo y gloria,
Vistiendo con la sangre no lavada
La púrpura triunfal de su victoria.

Allí queda á su planta la esforzada
Guerra del Atoyac, Puebla la bella;
La tierra de mi hogar, que guarda altiva
Cual cicatrices que la gloria sella,
Sus calles destrozadas,
Sus rotos muros, sus deshechos lares,
Y en pié las ruinas de sus grandes templos
Por la bala francesa acribilladas,
Elocuente padrón del heroísmo
Y del patrio denuedo,
Página de la Historia
Del mexicano corazón sin miedo!

Allí queda la invicta
Amazona mostrando, cual trofeo,
La palpitante herida del combate,
Por la cual, ante el sol, como en el roto
Pecho de los guerreros de Tirteo
Se ve el valiente corazón que late.

¡Allí queda ese fuerte de los libres
Ante cuyo granito la soberbia
De los nunca vencidos se destroza;
Allí queda ese campo de pelea
Donde hollaron las cruces de Crimea
Los cascos del corcel de Zaragoza!
¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día
Arroja el extranjero
El grito de la guerra á tu muralla,
¡Renueva tu osadía,
Vibra de nuevo el matador acero,
Desata el huracán de la metralla;
Fulmina fiera de la muerte el rayo,
Y la sangre del campo de batalla
La saque aun otra vez la esplendarosa
Lumbre de gloria de tu Sol de Mayo!

Manuel Acuña.

Nacido en Saltillo (Coahuila) el 27 de Agosto de 1849; muerto en México el 6 de Diciembre de 1873. Escribió un drama: *El Pasado.* Acuña, como Rodríguez Galván y Gutiérrez Nájera, fué una estrella que se apagó cuando apenas despuntaba en el cielo de las glorias patrias: puede medirse, con tristeza, la magnitud que ambos hubieran llegado á adquirir, á haber vivido mayor tiempo, por lo mucho que hicieron en los pocos años de vida que alcanzaron. Acuña pensaba alto y sentía hondo. El *Nocturno á Rosario*, los tercetos *Ante un cadáver*, y la poesía joco-seria *La vida del campo*, bastan para formar una envidiable reputación literaria.

A LA LUNA.

Al Sr. D. Manuel J. Domínguez.

¡Oh luna, blanca luna,
Que desde el cielo viertes tus fulgores
A despecho de todos los vapores
Con que la negra noche te importuna;
Yo sé que al permitirme la confianza
De que á abusar cantándote me atrevo,
Antes que hablarte de otra cosa debo
Darte una explicación de mi tardanza;
Pero sabiendo, porque así lo he visto,
No recuerdo en qué parte,
Que tú eres noble, generosa y buena
Con todos los prosélitos del arte,
Entre los que me inscribo al protestarte
Que nada hay que sin tí valga la pena,
Dejo los cumplimientos
Y las excusas fútiles y vanas
A fin de aprovechar estos momentos;

Que tú al ver que en mis labios
Se agita el estro y mi silencio trunca,
Recordarás que el vulgo y aun los sabios
Dicen *que vale más tarde que nunca*.

No, mira tú: desde hace mucho tiempo
Pensaba yo en venir á saludarte,
Y hasta recuerdo que salí una noche
Sin más objeto que ese;
Pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento
Me hizo creer que en el cielo te hallaría,
Tú, que probablemente estabas mala,
Te ocultaste y me diste una antesala
Que me pesa en el cuerpo todavía.

Esto no te lo digo
Por lanzarte una pulla ni un reproche;
Pero este negro bosque me es testigo
De que no más que por hablar contigo
Me anduve por aquí toda la noche.
Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo
Si fué en Abril ó en Mayo. . . . suspirando
Por verte frente á frente
Y á tu lado pasar la noche entera.
De modo y de manera
De estar solos y lejos de la gente,
Vengo, y tú, que sin duda me creíste
Algún gemidor de esos
Que porque está desesperado y triste
Ya quiere que le des un par de besos,
No bien tras de estos álamos me viste,
Que escondiéndote en medio de las nubes
Cerraste tu balcón y te metiste.

Y la verdad que si esa fué tu idea
Ante mi aparición inoportuna,

Por mi vida te juro y te respondo
Que te llevaste el chasco más redondo
Que te has llevado desde que eres luna;
Pues aunque ya á mis años
Se usa entre los humanos corazones
Contar los sufrimientos á montones,
Y á montones también los desengaños;
Yo que si algo he sufrido
De mi existencia en la carrera corta;
Tengo la convicción íntima y grande
De que á nadie le importa,
Porque si sufro, no hay quien me lo mande;
Si al pisar de la vida los abrojos
A verter una lágrima me atrevo,
La dejo que se escape de mis ojos
Y al llegar á mis labios me la bebo.

Conque ya verás tú, si yo sería
Quien fuera á molestarte á tales horas,
Para llamarte solitaria ó fría,
Y cometer así una grosería
De esas que no perdonan las señoras.
Aparte de que á tí, si no me engaño,
Te debe de importar muy poca cosa
Que en la vida enojosa
Camine el goce junto con el daño,
Así como que al tiempo de las flores
Siga el invierno nebuloso y frío,
O que en las tibias noches del estío
Disminuyan de fuerza los calores,
Cosa que á muchos saca de su casa
Por tener de decírtelo el orgullo,
Cuando todo eso en realidad no pasa
De ser una verdad de *Pero Grullo*.
Y sin mentar personas,
Por *allí* anda la ilustre Avellaneda,

Que en paz duerma en su lecho de coronas,
Que sin mirar que tú, rueda que rueda,
Maldito el caso que del tiempo hacías,
Ella al son de sus mágicos bordones
Te delataba á ese ladrón nefando
Que tantos goces con pesar nos roba,
Sin oír que su esposo despertando
La llamaba en un tono no muy blando
Despues de registrar toda la alcoba.

Y el sin igual Zorrilla,
El que nos regaló aquel mamarracho
Que yo admiraba tanto de muchacho
Creyéndolo la octava maravilla;
El que con una calma
Cuyo molde es difícil que se encuentre,
Hizo aquí entre otros dramas el del vientre,
Y hasta allá fué á acordarse del del alma.

Y Carpio, el que de turco disfrazado
Sufrió tan honda pena
Que por poco se arroja al mar salado;
Pero que al fin se fué por otro lado
Arrastrando el alfanje por la arena.

Y Tagle, el que te hablaba allá en los tiempos
De discordias civiles,
En que Rocha no andaba por el mundo
Y en que aún eran de chispa los fusiles,
Pues éstos y otros más, si no tan buenos
Sí tan desocupados,
Han emprendido de entusiasmo llenos
La imitación de sus antepasados,
Por el placer de repetirte alguna
De esas necias é insulsas tonterías,
O porque hechos los tomos de poesías

No faltara en el índice: «A la luna.»
Y si á lo menos fueran pasaderas
Las tantas que en tu elogio se han escrito
Y cuyas firmas por prudencia callo,
Pues señor, con trescientos de á caballo,
Muy puesto en su lugar y muy bonito;
Pero nada. . . . que entre esas que no cito
Porque no se me diga impertinente
Hay muchas (no agraviando la presente)
Que son un verdadero gregorito.
Lo digo y lo repito,
Sí, señor, que esta no es una indirecta,
Pues aunque salte alguno
Que deseando escapar á este reproche,
Reclame la palabra y manifieste
Cargado de razones y veneno,
Que no se pueda hacer nada de bueno
Sobre un terreno tan vulgar como éste,
No habiendo obligación chica ni grande
De escribir sobre tal ó cual materia,
Se comprende y se vé muy á las claras
Aunque hable de ésta con tan poco aprecio,
Que el culpable no es ella, sino el necio
Que se mete en camisa de once varas.

¿Quién obliga á ninguna
De las vivientes almas á que escriba,
Ni menos á que suba tan arriba
Que tenga que escribir sobre la luna. . . .?

Yo mismo, si mañana
A algún crítico ocioso y exigente
Se le diera la gana
De zurrar á esta silba la pavana
Y de hacerlo delante de la gente,
Pues yo mismo, aunque fuera á mi despecho

(No pudiendo olvidarme de que es mía)
Mirando la justicia no tendría
Mas que decir á todo: *muy bien hècho*.

Y tan es cierto que lo encuentro justo
Y que me temo mucho una descarga
Por haberme salido con mi gusto,
Que con objeto de que el sabio adusto
No hallé esta silba demasiado larga,
Una vez que tú, luna,
No me has de conceder, si tal sucede,
Lo cual (aquí en confianza) muy bien puede
Por un capricho cruel de la fortuna,
Bien convencido de que en todo caso
Francos y leales seguiremos siendo
Tan amigos como antes,
Te dejo preparándole á la aurora
El dulce néctar de los nuevos broches,
Y sin más que decirte por ahora,
Con el alma, tu humilde servidora,
Me alegraré que pases buenas noches.

Santiago Sierra.

Nació en Campeche el 3 de Febrero de 1850; murió en México el 27 de Abril de 1880. A no haber muerto en la flor de su edad, habría sido, como lo es hoy su hermano Justo, una de nuestras más puras y legítimas glorias nacionales.

Fragmentos de un canto á México.

Tú, México adorada, casta diosa,
Del porvenir brillante desposada,
Asciende al solio de la paz, que en ella

Espejo encuentre tu mirar de estrella,
Madre amorosa, tu alma contristada;
Florezca bajo el trono de tu altura
La labor que en dorada mies se espiga
Y agave nectarífero procura;
Formen á su esplendor regia corona
Cuantas del campo pródigo ornamento
Riquezas da tu predilecta zona;
Tienda el penacho al viento
El enhiesto maíz; no se encarcelen
Los varios tintes que tu brisa orea,
Y en púrpura y azul, la luz febea
Recogida en sus témpanos revelen;
Pueble el desierto el cactus, que se erige
En duras pencas que al Agosto libra,
Y ni amor ni vigilia al maya exige,
Ni rinde parco la flexible fibra;
Blanqueen como sábanas de nieve
Tus bosques de algodón; los cafetales
Tiemblen del sol al beso; audaz se eleve
Del lago entre los diáfanos cristales
El prolífico arroz: y de tu manto
Que en sombra de cariño al suelo dure,
Crezca al amparo santo
La oliva bienhechora
Que el laurel á tus plantas transfigure.
Barrera no halle quien tu seno explora
Del metal que entre rocas se guarece
Por hallar el filón que avaro adora:
Del Océano que tu linde crece
Y en su caricia mórbida te estrecha
Sin miedo al turbión, eco del caos,
Corten la espuma en resonante brecha
Tus alígeras naos;
Abra sus templos la fabril industria
Y torne al ocio el incansable obrero,

La atmósfera se empañe
Al soplo del vapor que ruge fiero,
Convierte al rayo en fácil mensajero,
Y el alma tierna bañe
Tu juventud de ciencia en el venero;
Sobre del ancho foro
Yérgase altivo el Parthenón; el arte
Con pincel y buril te inmortalice,
Brille el sol en tu mágico estandarte
Y la gloria en tu cielo se eternice.

Agustín F. Cuenca.

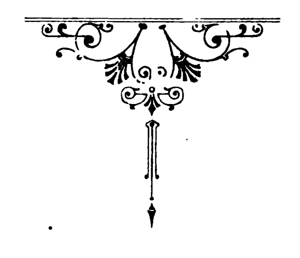
Nació en México el 16 de Noviembre de 1850; murió en la misma ciudad el 30 de Junio de 1884. Escribió un drama: *La cadena de hierro*. Sus primeros versos. llenos de imágenes confusas. plagados de faltas de respeto á la retórica—ese código del buen gusto—fueron pasto de la crítica literaria. Al acercarse el poeta á la noche de la vida. su estilo se abrillantó y pulimentó de tal suerte. que el bardo incorrecto en sus mocedades, dejó, al morir. una colección de versos que puede considerarse como el estuche de la elegancia, del primor y de la gaya ciencia.

LUCES DEL PRISMA.

A mi esposa.

Sepulta en horizontes de escarlata
Su carro de oro el fulgurante día,
Y en el tocado de la noche umbría
Prendes ¡oh Vénus! tu florón de plata.

¡Oh, vela blanca que adorné con mirtos!
¿Por qué sin mi permiso, te hinchó el viento? . . .
Océano del amor, cofre de perlas,
¿Siempre hallaré naufragios en tu seno?



POETAS VIVOS

José María Esteva.

Nació en Veracruz el 18 de Septiembre 1818. Decano de los poetas nacionales que viven. Cantor de las costumbres nacionales, ha creado en sus festivos versos el tipo del *jarocho* veracruzano.

ÑOR MELITON Y ÑA CLETA.

Procedentes de la Antigua
Y ya cercanos á Puebla,
Cabalgan ñor Melitón
Y su comadre ña Cleta.
Dícela ella:—«Por aquí
Del guachinango[1] ej la tierra
Y como son tan robones
Temo, Melitón, nos vean.»
—«Y que noj pueden hacer?
No seajté mala pareja
Ni medrentosa: si vienen
Tengo una lata,[2] ña Cleta,
Que rute sola». . . . Y en esto
Y como si algo temieran,
Ña Cleta y ñor Melitón

(1) Los *jarochos* dan este nombre á los habitantes del interior del país.
(2) Llaman así al machete.

Miran para una eminencia
En la que estaban sentados
Dos charros con escopetas.
Y ñor Melitón le dice:
—Oigajté, en lejanaj tierras
Vale maj meter talón
Que sacar la sardineta.[3]
Y al punto los dos caballos
Partieron á la carrera,
Cual relámpagos pasando
Ñor Melitón y ña Cleta.

José María Roa Bárcena.

Nació el 3 de Septiembre de 1827 en Jalapa (Veracruz). Ha publicado tres tomos de poesías y algunas obras importantes de Geografía é Historia, entre las que merece especial mención la que denominó: *Recuerdos de la Invasión Norteamericana*. Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

LA RESURRECCION Y LA VIDA.

Junto al sepulcro al fin la planta helada,
Mis ojos, turbios ya, le ven por dentro;
Pero ¡bendito Dios! no en él encuentro
Las sombras y el vacío de la nada.

Ve el alma, de sus culpas aterrada,
Su fe brillar en el obscuro centro,
Y yo asistido, en su espacioso centro,
Con la promesa de Jesús sagrada.

(3) Dan ese nombre y el de moruna á su machete especial.

Ruda mi vida fué, vária mi suerte,
Graves mis culpas ¡ay! y el alma herida
De cristiano temor lágrimas vierte,

Y se conturba y tiembla; mas no olvida
Que el Redentor, para endulzar la muerte,
Dijo: «Yo soy resurrección y vida.»

Ignacio Mariscal.

Nació en Oaxaca el 5 de Julio de 1820. Desde la temprana edad de veinte años, en que este hombre ilustre penetró al vestíbulo de la vida social con el título de abogado, no ha dejado de bregar por las ideas liberales. Ha sido diputado al Congreso de la Unión—fué miembro del Congreso Constituyente.—Magistrado del Tribunal Superior del Distrito y de la Suprema Corte de Justicia, Ministro Plenipotenciario de México en los Estados Unidos é Inglaterra, y Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, cargo que desempeña en la actualidad. Recientemente representó al Jefe de la Nación en las fiestas de Chicago celebradas en Octubre de 1899.

LA TUMBA DE JUAREZ.

En bronce ó duro mármol esculpido
No admires, no, su refulgente nombre,
Ni con su pompa funeral te asombre
La rica tumba en que le ves dormido.

Sepulcro más espléndido erigido
A Juárez tiene, de inmortal renombre,
En el santuario de su pecho el hombre
Que le ama con un pueblo agradecido.

¿Buscas el epitafio? En esas leyes
Contémplalo en que altivo el mexicano
Su gloria encuentra y su robusta egida.

Por monumento igual, decidme, ¡oh reyes!
¿La púrpura y el cetro soberano
No diérais. . . . y también la inútil vida?

Joaquín Blengio.

Nació en Campeche el 16 de Noviembre de 1834. Médico de la facultad de París. Ha escrito más de doscientos sonetos que, coleccionados forman la historia de nuestras dos guerras de Independencia. Desde Hidalgo hasta Juárez, ha cantado á todos los principales héroes mexicanos.

A PORFIRIO DIAZ.

Con la sangre del pueblo de Quirino
En libro eterno consignó Viriato
Su nombre, y de sus hechos el relato
Que canta Iberia en plectro diamantino.

Escrito está en el monte Palatino
El denuedo inmortal de Cincinato,
Y aun el verde laurel de Pisistrato
Descuella en el Eurotas cristalino.

Ven, tú también, invicto oaxaqueño,
Que libras á tu patria de opresores,
A recoger las flores de sus valles:

Guárdalas bien con religioso empeño,
Que sólo tienen tan hermosas flores
Busaco, San Quintín y Roncesvalles.

Joaquín Arcadio Pagaza.

Nació en la ciudad del Valle de Bravo, Estado de México, el 9 de Enero de 1839 Actual Obispo de Veracruz y Miembro correspondiente de la Real Academia Española. Pocos pueden rivalizar en el género clásico con este árcade poeta, cuyo estilo es la naturalidad misma, cuyo gusto es de una pureza intachable y cuya versificación, fácil y fluída, tiene una armonía correspondiente al asunto en extremo delicada. Al Obispo de Veracruz sólo se le puede, en justicia, formular un cargo: el de excederse un poco en la elección de voces y de frases, en el escogimiento de exquisiteces de lenguaje; pero hay que decir en su abono que tal esmero y semejante artificio, no le hacen perder la dulzura y gracia virgilianas de su estilo, ni la naturalidad de ideas y propiedad de expresión que traen á la memoria las elegías de Ovidio, ni su ingenio y gusto horacianos, ni la música de los sonidos espondaicos y dóricas melodías que se escuchan en el curso majestuoso de sus endecasílabos.

Pagaza es el poeta castizo de lo pasado, que ha logrado. en estos tiempos de poesía decadente y simbólica, hacer volver á la literatura mexicana á las claras fuentes del clasicismo; pues su ejemplo ha sido seguido por Othón. por Sierra y por otros. El Obispo de Veracruz es una de las más nobles y de las más puras figuras de la Iglesia mexicana.

CREPÚSCULO.

Lento desciende el sol y se reclina
En nubes de ámbar, rosa y escarlata;
Y resuélvese en lluvia de oro y plata
De los montes lejanos la neblina;

Entre nimbos la estrella vespertina
Brilla y treme; en el lago se retrata
El nublado que grácil se dilata
Donde rompe la bóveda azulina;

El horizonte aclárase, y remeda
Voraz incendio, tinte de amaranto
El cielo cobra, el llano, la arboleda,

Y junto al nido el postrimero canto
Entona embebecida el ave leda
Del sol poniente en el divino encanto.

EN LA NOCHE.

Parece medio día. ¡Tanto alumbra
Húmedo el bosque salpicando Febe!
Suäve el cefirillo apenas mueve
Aquella encina, que entre mil se encumbra.

Sobre el Zempoala el Véspero relumbra
Tendido encima de la blanca nieve;
Y en la planada, el arroyuelo leve
Como cinta de plata se columbra.

Rutila el cielo; y se oye en la montaña
De la abubilla el grito lastimero
Que el eco reproduce en la campaña.

Flérida, ven y sígueme, pues quiero
Gozar de aquesta noche. La cabaña
Cierra, amiga; te aguardo en el otero.

AL AMANECER.

Asoma, Filis, soñoliento el día
Y llueve sin cesar; en los cercanos
Valladares, al pie de los bananos,
Mi grey se escuda de la niebla fría.

Las vacas á sus hijos con porfía
Llaman de los corrales, en pantanos
Convertidos, y ruedan en los llanos
Pardas las nubes y en la selva umbría.

Oye. . . . se arrastran sobre el techo herboso
Los tiernos sauces con extraño brío
Al mecerlos el viento vagoroso,

Que, trayendo oleadas de rocío
Por las rendijas entra querelloso:
Prende el fogón, amiga, tengo frío.

Manuel E. Rincón.

Nació en Oaxaca en el mes de Enero de 1841. Diputado al Congreso de la Unión. Son dignas de encomio sus poesías descriptivas y jocosas.

AUSENTE DE MI HIJA.

No me habléis de la muerte. . . . Tengo miedo!
Enferma la dejé, y estaba triste,
Y desque verla por mi mal no puedo,
Nadie viene á decirme si aun existe!

Ella, el consuelo de mis tristes días,
Lloraba presintiendo nuestra ausencia,
Y al separar sus manos de las mías,
Sentí que me arrancaban la existencia.

Próxima estaba á declinar la tarde.
—¡Adios!—me dijo con acento blando,
Y al quererla abrazar, temblé cobarde,
Y de su lado me alejé llorando.

Brisas de Abril que acariciáis mi frente,
Volad, volad hasta mi hogar, y en calma,
Decid al ángel de mi amor ardiente
Que tengo llena de dolor el alma.

Alfredo Chavero.

Nació en México el 1º de Febrero de 1841. Obtuvo el título de abogado el 8 de Noviembre de 1861. Diputado al tercer Congreso de la Unión en Septiembre de 1862, ha continuado desempeñando el mismo cargo casi sin interrupción. Ha sido Gobernador del Distrito Federal. Poeta dramático de mérito, y orador que se ha hecho oír siempre con gusto, á causa de su espontánea y fácil elocuencia, de sus efectos retóricos y de sus elegantes imágenes. Ha escrito para el teatro y con tal premura de tiempo, tantos dramas, que de él, como de Peón Contreras, puede decirse que tuvo la fecundidad de Lope de Vega. ¡Calcúlese lo que habrían llegado á ser esos dos poetas dramáticos, si la indiferencia con que en México se ven las letras patrias, no los hubiera impulsado á abandonar la brega literaria por la lucha por la vida!

El Sr Chavero escribió las siguientes obras dramáticas:

Xóchitl, drama en 3 actos y en verso.—*Bienaventurados los que esperan*, comedia en 3 actos y en prosa.—*La hermanita de Santa Fe*, en unión de Peón Contreras, leyenda dramática en 3 actos y en verso. —*El valle de lágrimas* drama en 3 actos y en prosa.—*Quetzalcoatl*, ensayo trágico en 3 actos y en verso.—*Quien más grita puede más*, sainete en un acto, en prosa y en verso.—*Sin esperanza*, drama en 3 actos y en verso —*En dos gabinetes*, comedia en un acto y en verso.—*El autor de su desdicha*, comedia en tres actos y en verso.—*El mundo de ahora*, comedia en 5 actos y en prosa —*La hermana de los Ávilas*, drama en 3 actos y en verso (único que no se ha representado).—*Los amores de Alarcón*, poema dramático en 3 actos y en prosa —*Una dama del gran mundo* comedia en 3 actos y en verso.—*Mi sombrero*, comedia en un acto y en prosa. —*El aviso en el puñal*. drama en un acto y en verso.—*El huracán de un beso*, drama en 3 actos y en prosa (representado en España por D. Pedro Delgado).—*Mi retrato*, comedia en 3 actos y en prosa (arreglo de una pieza francesa).—*El fiacre núm. 13*, drama en 6 actos y en prosa, sacado de una novela de Montepin.—*El paje de la virreina*. zarzuela en 2 actos y en verso (música de Austri.)

Arreglos: *La reina Indigo.—El duquesito.—Francisco el de las medias azules.—El corazón y la mano.—La hija del tambor mayor.—La gitana.—Carmen.—Oliveta.*

Á ALARCON.

Perdona, ilustre poeta,
Si turbo con mis cantares
La paz que de tus pesares
Hallaste en la tumba quieta.

Tan desgraciado en la muerte
Como lo fuiste en la vida,
¿Por qué tu nombre se olvida?
¿Por qué no muda tu suerte?

Si fortuna en tu humildad
Con un soplo te ayudara,
¿Quién mas que tú se elevara
Grande en la posteridad?

Pero todos se ocuparon
De otros hombres y otra gloria.—
Solo queda de tu historia
Lo mucho que te burlaron.

A Corneille diste modelos,
Y al gran Molière enseñaste,
Y tu fama no miraste
Levantada hasta los cielos!

En tu vida, ¿cuándo afán
Inspirabas, ni deseo,
Si eras triste, *pobre y feo,*
Y de mal talle, Don Juan?

Que ni amistad ni respeto
Te tuvieron, claro está;
Y recordarlo será
Justo, cuando no discreto.

En donde esperaste hermanos,
Sarcasmo sólo encontrabas;
Y tal vez allí extrañabas
Tus palmeros mexicanos.

Acaso cuando anhelante
Buscabas lejos del suelo,
Un hombre, un amor, un cielo,
Te heló la mofa punzante.

Y de Tirso la inclemencia
Te mostró que puede hacer
La prudencia en la mujer
Un teólogo sin prudencia

Si á Lope risa causaste,
Pobre vate concorvado,
Si quedaste apesarado
Y por el pesar callaste,

Bien pudiste contestar,
Que hablar mal, por Dios, no toca
A aquel que puso en su boca
El premio del bien hablar.

Tus obras otros también
Acogieron con desprecios;
Mas paguen, pues fueron necios,
El desdén con el desdén.

¿Qué justicia se ha inventado
En el mundo, que consiente
Castigarte duramente
Sólo por ser jorobado?

¿No miraron un momento
En tu frente como estrella,
La viva luz que destella
En su esplendor el talento?

¿De tus jorobas no vieron
Salir como perla pura
De su concha, la hermosura
Del ingenio que zahirieron?

¿Para deslumbrar al mundo,
No les dijo tu fiereza:
No necesito belleza,
En mi alma mi gloria fundo?

A la caterva envidiosa
Con grandeza contestaste,
Y sus injurias pagaste
Con *La verdad sospechosa.*

Los cielos fueron testigos
Que cuando te murmuraban,
Tus labios les recitaban
Tu pieza *Ganar amigos.*

Volviste el bien por el mal,
Y por curar su malicia,
Inventaste la delicia
De la comedia moral.

Mas con tu ejemplo aprendimos,
Y nos enseñó tu duelo,
Que sólo nos cubre el cielo
De la patria en que nacimos.

Grande fuiste en la poesía,
Pero más grande en el alma:
Ay! ese recuerdo calma
El llanto á la patria mía.

Ella tiene un corazón
Que vive de amor y gloria,
Y ella ha grabado en su historia
«A Don Juan Ruiz de Alarcón.»

Ovidio Zorrilla.

Nació en Mérida (Yucatán) el 29 de Abril de 1842. Ha escrito elegías de mérito.

Á DELFINA.

Oprime diestra el mórbido teclado
Tu blanca mano, angelical Delfina;
Y yo me siento á la mansión divina
En vehemente delirio arrebatado.

¿Qué magia hay en la voz de ese acordado
Dulce instrumento que al vibrar fascina?
¿Por qué bajo tu influencia me domina,
Y siento palpitar mi pecho helado?

¡Oh mujer celestial, gloria del arte,
Que así rindes el alma á tus antojos,
Feliz quien puede oirte y admirarte!

Yo lo soy junto á tí, libre de enojos
Si por cada harmonía puedo darte
Una lágrima triste de mis ojos!

José Peón Contreras.

Nació en Mérida (Yucatán) el 12 de Enero de 1843. Senador de la Union. Recibióse de médico á los diez y nueve años. Ha publicado entre otros tomos de poesías: *Ecos*, *Romances históricos mexicanos*, *Poesías líricas* y *Trovas colombinas*.

Peón Contreras es el primer poeta dramático de México. Ha escrito las siguientes piezas: *María la loca*, *El castigo de Dios*, *El Conde de Santiesteban*, *Un idilio á la niñez*, *¡Hasta el cielo!* *El sacrificio de la vida*, *Gil González de Ávila*, *La hija del rey*, *Un amor de Hernán Cortés*, *Luchas de honra y amor*, *Juan de Villalpando*, *Impulsos del corazón*. *Esperanza*, *Antón de Alaminos*, *El Conde de Peñalva*, *Entre tu tío y tu tía*. *Por el joyel del sombrero*, *El capitán Pedreñales*, *Soledad*, *Gabriela* y *El padre José*.

Cuando Peón Contreras dió á la escena sus dramas, en una época de renacimiento literario en México, tuvo un éxito inmenso.

En el apotéosis del sabio químico mexicano

Dr. D. LEOPOLDO RIO DE LA LOZA.

¿No basta, patria mía,
Que en pavorosa lucha
Truene el cañón de la discordia impía,
Que aun en los aires resonar se escucha?
¿No basta que sangriento
Marte descubra la altanera frente,
Del Norte al Sur, del Este al Occidente,
Y fatigado el viento,
Del funeral lamento
El eco gemebundo
Lleve en sus alas por el ancho mundo?
No basta. . . . ¡no! . . . La guerra
Huye y el arma fratricida oculta,
E insaciable á sus víctimas la tierra
En sus entrañas lóbregas sepulta. . . .
¡Más devorar aun quiere!
Hambrienta gira su tenaz mirada
La adusta Parca airada,
Y asesta el golpe, y hiere. . . .

¡Y en el hogar tranquilo.
De su feroz guadaña el corvo filo
Brilla implacable con tremendo encono. . . .
Allí donde Minerva alzó su trono!
¡Allí donde al estudio doblegado
Vimos el hombre al hombre consagrado!
¡En donde su carrera,
Perdida para el bien pasó ligera,
Tal como suele, en el verano ardiente,
De la dorada mies en la simiente
La benéfica lluvia pasajera!
¡Y él era orgullo del Anáhuac; era
Rayo de sol que el bosque fecundiza,
Arroyo cristalino
Que lento se desliza
Regando las malezas del camino!
¡Arbol frondoso cuyas verdes ramas
Al delicado arbusto
Defienden del injusto
Y ardiente azote de estivales llamas!
¡Montaña gigantea,
Que el virginal tesoro
Descubre al cabo, de la luz febea,
En oculto filón, al rayo de oro! . . .
Mas ¡oh traidora suerte!
Nada contuvo de la horrible muerte
La irresistible saña. . . .
Se allanó la montaña;
Velóse el rayo de la luz divina;
Perdió su cauce el agua cristalina;
Y de la tempestad al eco ronco,
A tierra vino el formidable tronco.
Así al cielo le plugo.
¡Era mortal! . . . Y al poderoso yugo,
Mísera humanidad, estás sujeta!
Como el débil infante, el fuerte atleta

Al rudo golpe sucumbir debía.
Y por eso lloráis. . . . los que algún día
Pendientes de su labio,
Escuchásteis su acento;
Los que en torno del sabio,
Cultivábais las flores del talento.
Todos juntos aquí. . . . si el pecho late,
Late por él, acongojado y triste;
Que es triste ver al sol cuando desmaya,
Cuando crespones funerales viste,
Y hunde la frente en la remota playa.
Breves horas no más. . . . De noche augusta
El carro rueda en la tiniebla fría. . . .
Pronto la densa obscuridad sombría
Se rompe, se deshace, se colora. . . .
Plácida luz los horizontes dora. . . .
Se enciende en refulgente llamarada
La atmósfera apagada,
Asoma en el Oriente
Del astro rey la majestuosa frente;
Tiembla al vivo fulgor la Parca herida,
Y huye del templo de la eterna vida;
Girando se revuelve,
Deja al pasar su funeraria huella,
Y en ese bronce helado
¡Sus negras alas para siempre estrella!
¡Yérguete altiva, de las ciencias diosa!
Ora venimos á rasgar el velo
Que ayer cubrió tu frente victoriosa:
Ayer cruzando la encumbrada ruta,
Que de ciprés marchito
Y funeral crespón la patria enluta. . . .
Florezca el lauro que tu sien corona,
Emprenda altiva el prodigioso vuelo,
Y el eslabón que al mundo te aprisiona,
Caiga en pedazos destrozado al suelo.

Caiga. . . . y tus alas remontando al cielo,
Coronada de luz, el claro nombre
Del varón inmortal, Minerva aclama;
¡Tu voz el hielo de los tiempos rompa!
¡Y eternice la fama
El eco augusto en la sonora trompa!

Justo Sierra.

Nació en Campeche el 26 de Enero de 1848. En 1871, á los veintitres años, sustentaba su examen profesional de abogado. Ha sido diputado al Congreso de la Unión, y actualmente es Magistrado de la Suprema Corte de Justicia Miembro correspondiente de la Real Academia Española. Sus producciones más notables son las novelas *El ángel del porvenir* y *Las confesiones de un pianista* y el *Compendio de Historia de la antigüedad*. Orador de palabra fácil y desenvuelta, de frase limpia y castiza, de arrogante y soberbia actitud, de voz sonora y agradable, de ademanes imponentes y sobrios, de elocuencia llena de color y de vida comparte con Francisco Bulnes el cetro de la oratoria; poeta el más conceptuoso acaso de los que han cantado en lengua castellana, de imágenes atrevidas y sublimes, de forma impecable y pura, primorosa y bella, se ha colocado en la poesía nacional á la cabeza de ese brillante grupo formado por Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Juan de Dios Peza, Antonio Zaragoza, Luis G. Urbina y José Juan Tablada.

Justo Sierra pertenece á esa pléyade de poetas que, encabezados por el maestro Altamirano, produjo en nuestro país el vigoroso renacimiento literario que se produjo en el ocaso del Imperio y en la aurora de la República.

PLAYERAS.

Baje á la playa la dulce niña,
Perlas hermosas le buscaré;
Deje que el agua durmiendo ciña
Con sus cristales su blanco pié.

Venga la niña risueña y pura,
El mar su encanto reflejará,
Y mientras llega la noche obscura,
Cosas de amores le contará.

Cuando en Levante despunte el día
Verá las nubes de blanco tul,
Como los cisnes de la bahía,
Rizar serenas el cielo azul.

Enlazaremos á las palmeras
La suave hamaca, y en su vaivén
Las horas tristes irán ligeras,
Y sueños de oro vendrán también.

Y si la luna sobre las olas
Tiende de plata bello cendal,
Oirá la niña mis barcarolas
Al son del remo que hiende el mar.

Mientras la noche prende en sus velos
Broches de perlas y de rubí,
Y exhalaciones cruzan los cielos,
¡Lágrimas de oro sobre el zafir!

El mar velado con tenue bruma
Te dará su hálito arrullador,
Que bien merece besos de espuma
La concha nácar, nido de amor.

Ya la marea, niña, comienza,
Ven, que ya sopla tibio terral;
Ven y careyes tendrá tu trenza
Y tu albo cuello rojo coral.

La dulce niña bajó temblando,
Bañó en el agua su blanco pié;
Después, cuando ella se fué llorando,
Dentro las olas perlas hallé.

En la inauguración de los cursos orales

Del Colegio de Abogados.

¿A qué dios levantais estos altares?
¿Y por qué con fragmentos seculares
Hacéis un nuevo templo entre rüinas?
¿El derecho? Es un nombre del pasado;
Esqueleto grandioso sepultado
En el polvo imperial de las colinas.

¿Por acaso, vosotros
Vivís de espaldas á la luz? ¿Ignora
La nueva ciencia vuestra antigua calma?
¿No vísteis disiparse en una hora
Esas sombras que huyeron de la aurora,
Dios, el deber, la libertad y el alma?

No nos hableis ya más del triste día
En que por esas voces sin sentido
El hombre en el patíbulo moría;
No evoqueis esas épocas distantes
En que sobre los siglos descollaban
Las cabezas de algunos delirantes.
El sabio ha sorprendido,
Recordando aquel tiempo funerario,
El nervio que vibrando ha producido
Los momentos supremos del Calvario.
Y también encontró la ciencia austera

La enfermedad que iluminó la historia
De Juana D'Arc, con la inmortal hoguera,
Hoy brilla el día de la humana gloria;
Los espectros pasaron para siempre;
Los sueños de Platón, los que por coro
Del mar tuvieron el perenne grito,
Son un celaje de oro
Perdido en el azul del infinito.

¿Por qué habláis de derecho? Alzad la frente:
¿Veis esa espuma blanca en el espacio?
Cada átomo es un sol incandescente,
Un mundo es cada chispa de topacio. . . .
Bajad la vista. . . . A vuestros pies reposa
En las húmedas yerbas palpitantes
La flor que al cielo muestra ruborosa
Su tocado de trémulos diamantes.

Ese sol y esa gota de rocío
Dos moléculas son del universo,
Sujetas ambas á la ley suprema
Que el movimiento de los seres fragua,
Y que engasta en su espléndida diadema
Al sol de fuego y á la gota de agua.
Esa ley es la *fuerza*. ¿Por qué el hombre,
De la escala eternal grada mezquina,
Una excepción sería? Fuerza eterna,
Inmutable, inconsciente, dí, ¿qué nombre
Te ha dado el ser humano que adivina
Tu acción en su cerebro? Te ha llamado
Libertad. ¿Libertad? Mirad en torno.

Del calor, de la luz que el sol derrama
Nacen las fuerzas que la piedra encierra,
Bebe en ellas la vida intensa llama,
Una faz de la vida de la tierra

Es el hombre. La luz que del sol toma
El planeta al cruzar el firmamento,
En el lirio gentil se llama aroma,
Y en el hombre se llama pensamiento.

La luz, he ahí el creador, su fulgurante
Movimiento produce el genio, nada
Huye de su mirada centellante;
Llora en el drama, ríe en el idilio;
Ese destello lúgubre es el Dante,
Ese rayo purísimo es Virgilio.
Todo es fatal y necesario. El templo
Cerrad, pues; no hay un dios para estas aras.
¿Qué fé, qué fuerza interna aquí os retiene?
¿Qué verdad superior su sello imprime
En vuestra estéril ciencia?
¿No veis que todo en la creación oprime?

¡No! Sentimos alzarse en lo profundo
De nuestro ser un dios que no se nombra,
Pero que eternamente alumbra al mundo
Con la luz que jamás produce sombra.
Es el testigo austero del misterio
De nuestra vida, el que á la ciencia humana
Arrancó de su inmenso cautiverio.
El hizo del derecho una creencia;
Sol del mundo moral de quien emana
Una protesta eterna: la conciencia.

He ahí el divino origen de la idea
A cuyo noble estudio haceis propicio
Este modesto templo,
Do se llega á saber que el sacrificio
Es algo más que un hecho, es un ejemplo.
Por eso aquí se rinde
A la persona humana un culto santo,

Al hombre, al ser que á su conciencia debe
En la escala inmortal ir ascendiendo,
Y haber tenido en su penosa vía
La sonrisa de Sócrates muriendo,
Y el sollozo de Cristo en la agonía.

Al hombre que no sólo ha descubierto
La vida entre los soles derramada,
Y que en su corazón el eco siente
De la creación entera que palpita
Al par del ritmo de su sangre ardiente;
Sino que supo con supremo aliento
Acallar los embates furibundos
De la pasión, y hallar, con noble calma,
A Dios en la conciencia de los mundos,
Y en su conciencia el alma.

Comenzad vuestra obra;
El libro del derecho abrid serenos,
En sus páginas puras, fuente inmensa
De razón y verdad tendrán los buenos.
Comenzad vuestra obra; en ella impere
Esta fórmula augusta que condensa
El trabajo inmortal que el mundo inicia,
¡Oh, libertad! bajo tu santo nombre:
—Ni hay otra religión que la justicia,
Ni hay otro rey que el hombre.

Francisco Sosa.

Nació en Campeche el 2 de Abril de 1848. Periodista y escritor sesudo. Ha publicado las siguientes obras: *El Episcopado mexicano*, *Biografía de mexicanos distinguidos*, *Efemérides históricas y biográficas*, *Los contemporáneos* y *Manual de biografía yucateca*. Sosa es Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

A LELIA.

Cuando marchite tus galanas flores
El que es de la beldad fiero enemigo,
Y en vano pidas protección y abrigo
A los que fueron, Lelia, tus amores;

Cuando todos te olviden; cuando llores
En triste soledad, sin un amigo
Que de tu pena ruda al ser testigo
Anhele disipar tus sinsabores;

Entonces ven á mí; conserva el pecho
Puro el recuerdo de su afecto santo
Y olvida tu pasado desvarío.

Entonces, Lelia, ven; mi hogar estrecho
Contigo partiré, que no lo es tanto
Que en él no quepan tu dolor y el mío.

Rafael de Zayas Enríquez

Nació en Veracruz el 24 de Julio de 1848. Abogado, periodista y poeta lírico y dramático. Diputado al Congreso de la Unión. Uno de los escritores más inteligentes y de los liberales más sinceros del país.

ESTIO.

La tierra yace en funeral sosiego
Como vapor de oro difundido,
Caliginoso aliento suspendido
Vibrar se vé en la atmósfera de fuego.

Tibia sombra la ceiba da al labriego;
El ave muda ocúltase en el nido;
Por el tábano el toro perseguido
Busca el pantano, jadëante y ciego.

Desfallecen las hojas de la planta;
En el remanso, el cocodrilo aleve
Acecha el gamo y la graciosa anta;

Y en el aire se vé cual nube leve
Serpentëar el polvo que levanta
La recia mula con el casco breve.

Néstor Rubio Alpuche.

Nació en Mérida (Yucatán) el 26 de Febrero de 1850. Ha escrito delicadas composiciones poéticas, entre las cuales descuella el bellísimo soneto que á continuación insertamos.

EL BESO EN SUEÑOS.

Soñé una noche que á la luz primera
Del astro del dolor, junto á una losa
Contemplaba el lugar en que reposa
La que amparó mi infancia pasajera;

Cuando del aire, pálida viajera
Ví bajar una sombra misteriosa,
Suave como la niebla y vaporosa,
Que detuvo á mi lado su carrera.

Acercóse y me vió con dulce anhelo:
Yo estaba absorto y ella sonreía,
Besó mi frente y recobró su vuelo. . . .

¡Bienhechora visión! Desde ese día
Allí está, digo siempre viendo al cielo. . . .
¿Cuándo vuelves á verme, madre mía?

Francisco G. Cosmes.

Nació en Hannover (Alemania) de padres mexicanos, el 18 de Marzo de 1850. Periodista intencionado y hábil en las polémicas.

En el cuarto centenario de Miguel Angel.

Vástago de esa raza de inmortales
Que el cielo osaron escalar un día,
Hacinando en sus odios colosales
Ossa y Pelion para la lucha impía;
En la existencia humana apareciste
Cuando el mundo cristiano agonizaba:
La antorcha de la fe se iba apagando;
El peso abrumador del fanatismo,
Cual campana neumática la ahogaba;
La conciencia dormía,
En las siniestras llamas del abismo
La Iglesia sus hogueras encendía,
Y el hombre presintiendo un cataclismo
No pensaba, no más se estremecía.

Llegaste, mas ¿de dónde? ¿Pudo acaso
Algún mortal, decir en qué otro mundo
Imprimiste la huella de tu paso?

No era el país donde su altiva frente
Alza en un cielo de turquí el Parnaso;
El tibio rayo de la luz de Oriente
Que el verde acanto de Corinto dora,
Jamás en su fulgor resplandeciente
Alumbró tu cabeza pensadora:
Ni el mar de Jonia que gentil murmura
Y con nombres poéticos resuena,
Te vió pasar sobre su linfa pura
A extasiarte sediento de hermosura
En la belleza plástica de Elena.

Si de un mundo viniste,
Fué de un mundo poblado por titanes,
Allí, donde frenéticos excitan
Siniestros odios, vengativos manes,
Donde el suplicio y el terror habitan,
Y entre rüinas, maldición y estrago,
De Dios las iras sin piedad se agitan.
Tú eres de esa pléyade sublime
Que de improviso apareció en un cielo
Cubierto de tinieblas y de muerte,
A arrebatar en su gigante vuelo
La humanidad inerte:
Inmigración de genios soberanos,
Que, á fin de merecer desde su altura
Subir á darte el título de hermanos,
Tuvieron que anunciarse á la existencia:
Colón, de un mundo descorriendo el velo,
Lutero, abriendo un cielo á la conciencia.

Al mundo ya venías
Doblegado del genio bajo el peso;
El recuerdo de inmensas agonías
Aun quedaba en tu semblante impreso;
Tú mismo en tu poder te estremecías,

Cuando al cumplir las órdenes fatales,
Consultando tu fuerza, te sentías
Nuncio de las venganzas celestiales.
Nunca á tu vuelo conoció barrera
Tu inspiración gigante:
Tus alas de condor iban unidas
A la fuerza de Atlante.
Nuestro pequeño y miserable suelo
Parecer ha debido muy mezquino
A tu aliento fecundo;
¡Necesitabas para lienzo un cielo,
Y por materia que esculpir, un mundo!

¿Dónde sacaste fuerzas, dónde aliento?
¿Cómo parar el ímpetu violento
Conseguiste del tiempo, que en un día
Sin ayuda acabaste creaciones
Que el trabajo de tres generaciones
Para iniciar, apenas bastaría?
De los siglos la cuna y el sepulcro
Abarcó tu pincel. ¿Quién no se siente
Henchido el pecho de terror, mirando
La suerte, en la Sixtina, de esta raza
Que el campo de la vida va cruzando,
¡Ay! gigantesca al paso que impotente?
La vil materia con tus manos tocas,
Y, en el fuego encendidas de tu idea,
Sublime Anfion, haces hablar las rocas;
Todo el mundo abarcaste con tus brazos;
En obras en que el genio centellea
Al mármol tu calor comunicaste. . . .
¡Y al mismo tiempo, con pujante brío,
De *San Pedro* la cúpula lanzaste,
Cual globo de granito en el vacío!

Llevabas en tu pecho el anatema
Del nostálgico mal del infinito;
Tus obras eran la expresión suprema
Del angustioso grito
Del genio en la prisión. Necesitabas
Otro idioma, otras formas, otros hombres,
Otro dios que tu mente interpretara,
Como Moisés, en medio del desierto.
¡Hablarle y contemplarle cara á cara!
Tu alma estaba sedienta de lo inmenso:
Te importaba muy poco
Que el mundo adorador ó indiferente
Palmas te diera ó te llamara loco;
Para el mundo tenías
El arma del desprecio omnipotente.
Y admirado, temido, incomprensible,
Sin inclinarte nunca bajo el yugo,
Ibas, como el poeta del *Infierno*
¡Grande como lo eterno!
¡Solo como el verdugo!

Y así cumpliste tu misión sombría,
Pobre, sin amistad y sin amores. . . .
¿Sin amores? Oh, no! Dos deshojaron
Sobre tu mústia frente algunas flores;
Puros y grandes como tú brotaron. . . .
Mas ¡ah! la dulce Libertad moría
Por más que entre la niebla del combate
Tu mano á protegerla se extendía:
Y cuando de tu lecho se alejaba,
Llanto vertiendo el ángel de la gloria,
Huérfano de tu altivo pensamiento
¡Ay! te faltaba en tu postrer aliento
El beso del amor de tu *Victoria!*[1]

(1) Victoria Colonna.

Cuatro siglos pasaron
Desde el día glorioso
En que marcaste el mundo con tu huella,
Y del arte en el cielo, todavía
Tu nombre augusto sin rival destella.
El hombre todavía se estremece
Delante de tus obras inmortales,
A medida que el tiempo raudo vuela,
Tu titánica forma, crece, crece. . . .!

Nosotros tus sectarios, los que vimos
El infinito abrirse ante lo excelso
De tus apccalípticas creaciones;
Los que tu nombre al escuchar, sentimos
De entusiasmo latir los corazones;
Reunidos hoy á tributar venimos
En el templo del arte, el santo culto
De admiración y de respeto al genio.

Benigno acoge nuestra ofrenda humilde
Desde el cielo inmortal de tu grandeza.
¡Sostennos en la lucha! Errantes vamos
En un mundo de odio y de impureza.
En esta vida, como tú, miramos
Sumergirse nuestra alma en la amargura,
Y desmayar nuestro tenaz empeño. . . .
¡A nosotros también *es grato el sueño*
Mientras el mal y la vergüenza dura!

Juan de Dios Peza.

Nació en México el 29 de Junio de 1852. Ha dado á la escena tres obras en verso: *La ciencia del hogar*, *Un epílogo de amor* y *Los últimos instantes de Cristóbal Colón*, y á la es-

tampa los siguientes libros de poesías: *Horas de pasión*, *Cantos del corazón*, *Cantos del hogar* y *La lira de la patria;* y en colaboración con el General Vicente Riva Palacio, una obra con el nombre de *Traducciones y leyendas mexicanas*. Sus versos, traducidos al portugués, al italiano, al alemán y al ruso, han volado, como águilas triunfantes, por todas las regiones de los cielos. Y semejante éxito es merecido; porque las estrofas de Peza son bellas, sentimentales, armoniosas, magníficas.

Refiriéndose á *Fusiles y muñecas*, poesía de Peza, traducida al ruso, dijo en frase feliz el Duque Job: «que los fusiles del autor de los *Cantos del hogar*, más venturosos que los de Napoleón I. habían logrado penetrar en San Petersburgo.» Peza es diputado al Congreso de la Unión.

MI MEJOR LAURO.

Con sus seis primaveras muy ufana,
Quebrando con sus pies las hojas secas,
Me recitó en el campo una mañana
Mi hija mayor «Fusiles y Muñecas.»

Repitiendo mis versos, no sabía
Que colmaba el mayor de mis antojos:
No me culpéis, si oyéndola sentía
Lágrimas en el alma y en los ojos.

¡Bien! exclamé; mi niña me interpreta
Mejor que todos, aunque á nadie cuadre.
Yo juzgarla creí como poeta,
Y la estaba juzgando como padre.

Llegó á la estrofa aquella en que la nombro,
Y bajando hacia el suelo la mirada,
Ví de pronto ponerse, con asombro,
Su faz, más que una fresa, colorada.

¿Qué tienes? pregunté; ¿por qué haces eso?
¿Por qué ya nada de tu labio escucho?
Y ella me respondió dándome un beso:
—Me callo aquí, porque te quiero mucho.

Nada valdrá tan cándida respuesta
Para el que en altas concepciones fijo,
Medir no pueda, en ocasión cual ésta,
Adónde alcanza el corazón de un hijo.

Puedo deciros la verdad desnuda:
Como en mis versos comprendió mi duelo,
Por no hacerme sufrir quedóse muda;
Por no verme llorar miraba al suelo.

Yo alabando el poder de su memoria,
Comprendí, perdonadme lo indiscreto,
Que los mejores lauros de la gloria
Son los que se cosechan en secreto.

Vale más á mis ojos, siempre fijos
En la eterna verdad, no en falsos nombres,
La lágrima arrancada por mis hijos
Que todos los aplausos de los hombres.

Negó á mi numen su fulgor el genio:
En el drama veraz de mis dolores,
El fondo de mi hogar es el proscenio,
Y mi padre y mis hijos los actores.

No busco un lauro que mi frente ciña
Ni pide aplausos mi laúd ingrato. . . .
Pero. . . . ¿por qué me olvido de la niña
Que suspendió turbada su relato?

Pronto volvió su faz á estar serena,
Y á brillar en sus labios la sonrisa,
Porque el placer, lo mismo que la pena,
Pasa sobre los niños muy de prisa.

—Tus versos voy á continuar diciendo—
Y con más firme voz, soltóse hablando:
¡Inocente! los dijo sonrïendo,
Y entonces yo los escuché llorando.

Al terminar, sintiendo hecho pedazos
Por el dolor mi corazón ardiente,
Me interrogó, cruzándose de brazos
Y mirándome el rostro, frente á frente:

—¡Ay! dime, padre, cuando tú escribiste
Los mismos versos que de oírme acabas,
¿Por qué estabas mirándonos tan triste?
Al mirarnos jugar, ¿en qué pensabas?

Y ¿por qué—respondí—tan preguntona
Indagas los misterios de mi lira?
—Porque soy, tú lo has dicho, «una persona
Que charla, que comenta y que suspira.»

¡Brava razón! ¡Confórmame con eso!
¿No eres la que, si el duelo me avasalla,
«Se me cuelga del cuello, me dá un beso,
Se le saltan las lágrimas y calla?»

—¡Yo soy! ¡yo soy! me contestó orgullosa,
Y haciéndome olvidar penas y agravios,
Se me colgó del cuello cariñosa,
Cerró sus ojos y beso mis labios.

Corrió alegre después tras otros niños
Quebrando con sus pies las hojas secas,
Y dejándome besos y cariños
En premio de «Fusiles y Muñecas.»

EL PRIMER PASO.

Ya libre por los anchos corredores
Das los primeros pasos, hija mía,
Y al verte abandonar los andadores
Quedo mudo y llorando de alegría.

Sin que tu planta al caminar vacile
Al levantar audaz el primer vuelo,
No quieres que ámoroso te vigile,
Y sola vas acariciando el suelo.

Muy pronto olvidarás que con mi mano
Te daba apoyo con amor profundo
Antes que á tu mandato soberano
Pudieras andar sola por el mundo.

Fe de mi hogar y flor de mis amores,
Anhelo en el amor que el alma encierra
Llenar de luz, de aromas y de flores
Las sendas que atraviesas en la tierra.

Ya diste con valor el primer paso
Y con gozo y tristeza quedo al verte. . . .
Tú vas hacia el cenit y yo al ocaso,
¡Tal es la ley terrible de la suerte!

Se humedecen mis ojos cuando miro
Que puedes sola caminar ufana,
Y exhala el corazón triste suspiro
Meditando en tus pasos de mañana.

Mas Dios te velará. . . .luce tus galas. . . .
Avanza un paso más. . . .¡qué hermoso día!
¡Hoy abre el ángel de mi hogar sus alas. . . !
¡Hoy dió su primer paso mi María!

MI PADRE.

Yo tengo en el hogar un soberano,
Unico á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley, y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Vé del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pie sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «á quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja,
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

«Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla, quien odia la maldad y el vicio,
Un tálamo de rosas en la muerte.

«Si eres pobre, confórmate y se bueno,
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

«Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código augusto, en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada;
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Estos los dignos de su nombre sean.

BEBÉ.

Cuenta Bebé dos meses no cumplidos,
Pero burlando al tiempo y sus reveses,
Como todos los niños bien nacidos
Parece un señorón de veinte meses.

Rubio y con ojos como dos luceros,
Lo ví con traje de color de grana,
En un escaparate de *Plateros*
Un domingo de Pascua en la mañana.

Iban conmigo Concha y Margarita,
Y, al mirarlo las dos, ambas gritaron:
«Mira, padre, qué cara tan bonita,»
Y, trémulas de gozo me miraron.

Cesa el petardo de atronar el viento,
Acalla el campanario su alegría
En el fondo del valle soñoliento,

Y repitiendo va la serranía
El son del tamboril, pausado y lento,
Y el llorar de la triste chirimía

Salvador Díaz Mirón.

Nació en Veracruz el 14 de Diciembre de 1853. Diputado al Congreso de la Unión. Poeta de vuelo y orador de brío. Los versos de este orfebre de la rima, elegantes, puros, sin mancha, de una suprema impecabilidad de forma, son inviolables á la crítica, sin carecer por eso del exotismo de imágenes y del atrevimiento de estilo de Justo Sierra. Díaz Mirón prefiere, acertadamente, al lujo oriental la pureza helénica.

A GLORIA.

(Fragmentos de un libro.)

No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca!
Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira el suelo:
No viendo más que sombra en el camino,
Sólo contempla el esplendor del cielo!

Vanas son las imágenes que entraña
Tu espíritu infantil, santuario obscuro!
Tu numen, como el oro en la montaña,
Es virginal, y por lo mismo, impuro!

A través de este vórtice que crispa,
Y ávido de brillar, vuelo ó me arrastro,
Oruga enamorada de una chispa,
O águila seducida por un astro!

Inútil es que con tenaz murmullo
Exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
Lleva un broquel impenetrable al miedo!

Fiado en el instinto que me empuja,
Desprecio los peligros que señalas.
«El ave canta aunque la rama cruja:
Como que sabe lo que son sus alas!»

Erguido bajo el golpe en la porfía,
Me siento superior á la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria!

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrume!
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella;
Es la sibila de palabra de oro;
La sombra que hace resaltar la estrella!

¡Alumbrar es arder!—¡Estro encendido
Será el fuego voraz que me consuma!
La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma!

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan. . . . ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión!—La palma
Crece en la orilla que el olaje azota.
El mérito es el náufrago del alma:
Vivo, se hunde; pero muerto, flota!

Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
Consuela el corazón del que te ama!
Dios dijo al agua del torrente: bulle!
Y al lirio de la margen: embalsama!

Confórmate, mujer!—Hemos venido
A este valle de lágrimas que abate,
Tú, como la paloma, para el nido,
Y yo, como el león, para el combate!

SURSUM.

Á J. S.

¡Cuán grata es la ilusión á cuyos lampos
tienen perenne vida los amores,
inmarcesible juventud los campos
y embriagadora eternidad las flores!
¡Cuán vívido es el íris que colora,

magia oriental, la suspirada orilla,
y á cuyo hermoso resplandor de aurora
radia hasta el fango que después mancilla!
La verdad, si engrandece la conciencia,
devora el corazón, nunca sumiso:
es el fruto del árbol de la ciencia,
y siempre hace perder el paraíso.
Mas aunque el bardo mate la quimera,
y desvíe y aparte de sus ojos
el prisma encantador, y por doquiera
mire sombras y vórtices y abrojos,
ha de cantar la redentora utopia,
como otra estatua de Memnón que suena,
y ser, perdida la esperanza propia,
el paladión de la esperanza ajena!

Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
en vano al ideal, se dobla al peso
de la roca de Sísifo, y expira
quemado por la túnica de Neso;
cuando al par tenebroso y centellante
imita á Barrabás y adora al Justo,
y pigmeo con ansia de gigante
se retuerce en el lecho de Procusto;
cuando gime entre horribles convulsiones,
para expïar sus criminales yerros,
mordido por sus ávidas pasiones,
como Acteón por sus voraces perros;
cuando sujeto á su fatal cadena
arrastra sus desdichas por los lodos,
y cada cual, en su egoísta pena,
vuelve la espalda á la aflicción de todos;
el vate, con palabras de consuelo
debe elevar su acento soberano,
y consagrar, con la canción del cielo,
no su dolor, sino el dolor humano!

Sacro blandón que en la capilla austera
arde sin tregua, como ofrenda clara,
y consume su pábilo y su cera
por disipar la lobreguez del ara;
vaso glorioso en donde Dios resume
cuanto es amor, y que para alto ejemplo
gasta y pierde su llama y su perfume
por incensar en derredor el templo;
sublime Don Quijote que ambiciona
caer al fin entre el fragor del rayo,
torcida y despuntada la tizona
y abierto y rojo por delante el sayo;
ave fénix que en fúlgidas empresas
aviva el fuego de su hoguera dura,
y muere convirtiéndose en pavesas
de que renace victoriosa y pura. . . .
¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
Cantar á Filis por su dulce nombre,
cuando grita el clarín: ¡despierta, hierro!
¡Eso no es ser poeta ni ser hombre!

Mientras la musa de oropel y armiño
execra el polvo por amar la nube,
y hace sus plumas con la fe de un niño
y hacia un azul imaginario sube;
mientras Ofelia, con el pecho herido
por Hamlet y sus trágicos empeños,
marcha á las ondas del eterno olvido,
cogiendo flores y cantando sueños;
el numen varonil entra en la arena,
prefiriendo al delirio y al celaje
la ciudad con sus ruidos de colmena
y el pueblo con sus furias de oleaje;
y contempla la tierra purpurada,
y toma y alza, con piedad sencilla,
un montón de esa arcilla ensangrentada. . . .

y ese montón de ensangrentada arcilla
adquiere vida entre su mano estoica,
vida inmortal y fulgurantes alas,
y en él respira una belleza heroica,
como en la estatua de la antigua Palas!

Guardar silencio y poseer la trompa,
la recia trompa á cuya voz no exigua
vendría á tierra, con su estéril pompa,
el muro hostil de la ciudad antigua;
ser un Aquiles que á la lid prefiera
recordar á Briseida en el retiro
aunque Patroclo batallando muera. . . .
¡Eso es mentir á Dios! Pero qué miro!
Cual la crín de un raudal que de alto arranca
tus cabellos se agitan. . . . ¡Oh maestro!
¿Por qué sacudes la cabeza blanca,
cual si quisieras arrojar el estro?
¿Por qué no te alzas á la faz de Harmodio,
y no repeles, cuando Atenas grita,
esa montaña de calumnia y odio
que sobre tu hombro de titán gravita?
Tu Etna será para tu fuerza flojo;
confía en tí y á tu misión no faltes,
que al hado cruel que lapidó tu arrojo
irá el volcán cuando debajo saltes!
¡Rompe en un himno que parezca un trueno!
El mal impera de la choza al solio;
todo es dolor ó iniquidad ó cieno,
pueblo, tropa, senado y capitolio.
¡Canta la historia al porvenir que asoma,
como Suetonio y Tácito la escriben!
¡Cántala así, mientras en esta Roma
Tiberios reinen y Seyanos priven!
¡Abre la puerta al entusiasmo ausente;
mueve de un grito el desusado gonce;

y como á chorros de fusión ardiente,
vierte en los mimbres el vigor del bronce!
¡Derrama el verbo cuyos soplos crean
la fe que anima y el valor que salva,
y que á tu acento nuestras almas sean
como tinieblas que atraviesa el alba!
Para el poeta de divina lengua
nada es estéril, ni la misma escoria.
Si cuanto bulle en derredor es mengua,
sobre la mengua esparcirás la gloria!

Javier Santa María.

Nació en México el 3 de Diciembre de 1853. En 1870 era ya redactor del *Siglo XIX* y desde entonces no ha dejado de trabajar en el periodismo nacional y extranjero. Publicó en 1881 una pequeña colección de versos editada en Mérida, y más tarde dió á la estampa un libro titulado *Mis poemas cortos*, editado en Barcelona en 1885. Ha escrito las siguientes obras dramáticas: *Como hay muchos*, *De novia*. *Dramas realistas*, *La solución del problema* y *Dónde está Dios*.

Tal es la labor literaria de este sesudo periodista y hábil poeta.

EL BUHO.

Escucho á veces tu graznido lúgubre
Vibrar cerca de mí,
Y entre la sombra densa miro fúlgidos
Tus ojos relucir. . . .

¿Para qué me persigues recatándote
Si no huyo de tí,
Ni pretendo luchar y espero impávido
Que me vengas á herir?

Ya sé que llegas del obscuro piélago
Donde todo halla fin,
Y sé también lo que impaciente y ávido
Me vienes á exigir.

Penetra sin tardar en lo recóndito
De mi pecho infeliz;
No te engañó tu instinto. Ven y tómalo,
Aquí está el muerto, aquí!

Porfirio Parra.

Nació en Chihuahua, capital del Estado del mismo nombre, el 26 de Febrero de 1854. Médico y filósofo distinguidísimo que es visto como el jefe de la escuela positivista, fundada en México por el finado Dr. Gabino Barreda.

ARISTÓTELES.

¡Después de tantos siglos aún se admira
Lo que esculpió su laboriosa mano!
Al griego doctrinó, como al cristiano,
El filósofo egregio de Estagira.

La inteligencia á comprender aspira
Lo que dictó aquel genio soberano,
Que á la humana razón rigió tirano,
Y al que ella, al renacer, severa mira.

Del cetro del saber audaz despoja
Al titán Aristóteles la duda,
Y escorias acres á la faz le arroja.

Hoy que en la ciencia la razón se escuda,
Ni teme al de Estagira, ni la enoja,
Antes bien con respeto le saluda.

Antonio Zaragoza.

Nació en Guadalajara, capital de Jalisco, el 28 de Febrero de 1855. Abogado, periodista y Secretario de Gobierno del Territorio de Tepic. Sus versos son notables por la dulzura y la armonía que los caracteriza. Zaragoza es, sin duda, uno de los primeros poetas de la República.

ANTE EL MAR.

El cielo está purísimo y risueño,
Mueven las palmas sus esbeltas frondas,
Y al canto sollozante de las ondas,
Entro al mundo infinito del ensueño.

Anhelo mis tristezas referirte,
Inmenso mar, y tu amistad reclamo;
Quiero dormir en tu profunda sirte,
Inmenso mar. Yo te amo!

Cuando te irritas, tu furor asusta;
Te calmas, y produce tu alegría
No júbilo ruiseño, sino augusta,
Honda melancolía.

Hoy que estamos á solas
Apagarás mi sed de poesía;
Amargas cual mi llanto son tus olas,
Y tu tristeza hermana de la mía.

Sublime y honda majestad ostenta
El sol que moribundo se derrumba,
Como César herido en la sangrienta
Púrpura de Occidente, inmensa tumba!

Esas ondas que lanzan
Centelleos rojizos, me parecen
Corazones que están ensangrentados
Por las zarzas del mundo, y resplandecen
Con los destellos del dolor sagrado.

Allá en el horizonte, allá muy lejos,
Despide el sol poniente
Los últimos purísimos reflejos.

Para llegar al disco incandescente
Preciso es recorrer la mar sañuda,
Domar al viento y al turbión rugiente,
¡Inmenso batallar, victoria ruda!

La verdad es un sol que lejos brilla;
Para llegar á su fulgor fecundo
Es preciso cruzar en frágil quilla,
Con deshecha borrasca, el mar del mundo.

El escollo destroza
Y devora el abismo. Los villanos
Sucumben con mortal abatimiento.
Libres se alzan los seres soberanos;
¿Qué importan á las águilas del viento
Abismos y pantanos?

Al infinito alcanza
Y del vórtice horrendo triunfar sabe
Con sus alas el ave;
El hombre con la fe, con la esperanza.

Padecer es triunfar. El que se abate
No alcanza lauros de suprema gloria.
Si dice el fiero mar: «soy el combate,»
Contesta el cielo azul: «yo la victoria!»

Cruza el hombre la tierra gemebundo,
Al ver el mal como el dolor inmenso,
Que el Señor le ha formado á veces pienso,
Con los ríos de lágrimas del mundo.

Cuando la furia de los vientos crece,
El mar con la tormenta se agiganta.
Sufrir es ascender: la lucha es santa,
La calma es dulce, pero no enaltece,
Y rudo es el pesar, pero levanta.

Cada altura es un gólgota. Reviste
El humano dolor formas divinas,
Lo grande es siempre triste,
La corona mejor es la de espinas.

Las olas y las almas se destrozan
En los escollos del pesar impío.
Hay seres tristes que en su pena gozan,
La fe ilumina su dolor sombrío.
Esas olas no saben y sollozan,
Y yo, que sé, sonrío!

Manuel José Othón.

Nació en San Luis Potosí el 14 de Junio de 1858. Ha escrito los siguientes dramas: *Herida en el corazón*, *La sombra del hogar*, *La cadena de flores*, *Después de la muerte* y *Lo que hay detrás de la dicha*. Miembro correspondiente de la Academia Mexicana. Tiene la musa virgiliana de este poeta el encanto y la frescura de una inspiración espontánea, juvenil y vigorosa. En las estrofas de Othón se refleja la clara y triunfante luz del cielo del Septentrión americano. Dulce como Pagaza y Pesado en sus sonetos bucólicos, y majestuoso como Sierra en su *Himno de los bosques*, el bardo potosino se ha conquistado legítimamente uno de los primeros puestos de la literatura nacional.

NOCHE RUSTICA DE WALPURGIS.

(Sinfonía Dramática.)

A José Peón y Contreras.

I

INVITACION AL POETA.

Coge la lira de oro y abandona
el tabardo; descálzate la espuela,
deja las armas, que para esta vela
no has menester ni daga ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona
ya sus himnos de amor, conmigo vuela
á esta región que asombra y que consuela,
pero antes ciñe la triunfal corona.

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje,
ven de un drama admirable á ser testigo.
Ya el campo eleva su canción salvaje;

Venus se prende el luminoso broche....
Sube el agrio peñón, y oirás conmigo
lo que dicen las cosas en la noche.

II

INTEMPESTA NOX.

Media noche.—Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente
que vaga por los valles tristemente
y cobija, á lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
parecen al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el pavor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas....

Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en tí; que nos envuelva

el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de tus misterios.

III

EL HARPA.

Hay en medio del rústico boscaje
un tronco retorcido y corpulento:
enorme roca sírvele de asiento
y frondas opulentas de ropaje.

Cuando, como á través de fino encaje,
el rayo de la luna tremulento
pasa, desde el azul del firmamento,
la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores
hilos de luz que tiemblan cual tañidos
por un plectro que el céfiro menea.

¡Harpa inmensa del campo! no hay cantores
que á tus himnos respondan, no hay oídos
que comprendan tu estrofa gigantea.

IV

EL BOSQUE.

Bajo las frondas trémulas é inquietas
que forman mi basílica sagrada,
ha de escucharse la oración alada,
no el canto celestial de los poetas.

Albergue fuí de druidas. Los ascetas
en mis troncos de crústula rugada
infligieron su frente macerada
y colgaron sus arpas los profetas.

Y en tremenda ocasión el errabundo
viento espantado suspendió su vuelo,
al escuchar de mi interior profundo

brotar, con infinito desconsuelo,
la más grande oración que desde el mundo
se ha alzado hasta la cúpula del cielo.

V

EL RUISEÑOR.

Oid la campanita, cómo suena;
el toque del clarín, cómo arrebata;
las quejas en que el viento se desata
y del agua el correr sobre la arena.

Escuchad la amorosa cantilena
de Favonio rendido á Flora ingrata,
y la inmensa y divina serenata
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora
la noche; de los hombres soy delicia
y paz: y entre los árboles cubierto,

sólo yo alcé mi voz consoladora,
como una blanda y celestial caricia,
cuando mi Dios agonizó en el huerto.

VI

EL RIO.

Triscad, ¡oh linfas! con la grácil onda;
gorgoritas, alzad vuestras canciones;
y vosotros, parleros borbollones,
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda
cóncava quiebra rómpete en girones
y estrella contra riscos y peñones
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos
son de la luna pálidos destellos,
cristal mis ojos del cerúleo manto.

Es de musgo mi barba transparente,
ópalos desleídos son mi frente
y risas de las náyades mi canto.

VII

LAS ESTRELLAS.

¿Quién dice que los hombres nos parecen,
desde el profundo mar del firmamento,
átomos agitados por el viento,
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos que heroicos se estremecen
son el más grande asombrador portento:
¡fraguas donde se forja el pensamiento
y que más que nosotras resplendecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza,
las ideas, en ígnea llamarada
contemplamos arder, y es, ante ellas,

toda la creación polvo y ceniza. . . .
¡Los astros son materia inanimada
y las humanas frentes son estrellas!

VIII

EL GRILLO.

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías
que con mi canto acompañé en tu infancia?
¿Quién mide la enormísima distancia
que éstos separa de tan castos días? . . .

Luces, flores, perfumes, harmonías,
sueños de poderosa exuberancia
que llenaron de albura y de fragancia
la vida ardiente con que tú vivías,

ya nunca volverán; pero cantando,
cabe la triste moribunda hoguera,
de tu destruída tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando
la ilusión en la llama postrimera,
el recuerdo en el último rescoldo.

IX

LAS AVES NOCTURNAS.

¡A infundir con el vuelo y los chirridos
más horror en la noche, más negrura
en los antros del monte, y más pavura
en las ruínas de sótanos hendidos!

¡A seguir á los pájaros perdidos
de la arboleda entre la sombra obscura,
y con la garra ensangrentada y dura
á darles muerte y á asolar sus nidos!

¡Desde la cruz del viejo campanario,
á lanzar tan horrísonos acentos
que el valor más indómito se quiebre!

¡De dientes estridor, crujir de osario
á remedar, y trágicos lamentos,
y espasmódicos gritos de la fiebre! . . .

X

LOS MUERTOS.

¡Piedad! ¡misericordia! . . . Fueron vanos
tanto soberbio afán y lucha tanta.
¡Ay! por nosotros vuestra queja santa
levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyérais el roer de los gusanos
en el hondo silencio, cómo espanta,
sintiérais oprimida la garganta
por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podéis imaginar los otros
tormentos que hay bajo la losa fría:
¡la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía! . . .
¡Ay, que llegue, oh Señor, para nosotros,
de la resurrección el claro día!

XI

EL POETA.

Vamos al aquelarre.—En la sombría
cuenca de la montaña, las inertes
osamentas se animan á los fuertes
gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando *sin Dios y sin María*,
présagos de catástrofes y muertes. . . .
Pienso que el cielo llora. . . . ¿no lo adviertes?
La luna es una lágrima muy fría.—

Tras nahuales y brujas, el coyote
aulla feroz, y lúgubre corea
tan monstruoso concierto el tecolote;

la lechuza con silbo horripilante
se junta á la fatídica ralea,
¡y el *Vaquero Marcial*[1] llega triunfante.

XII

LAS BRUJAS.

—Todas las noches me convierto en cabra,
Para servir á mi señor el chivo,
pues, vieja ya, del hombre no recibo
ni una muestra de amor, ni una palabra.

—Mientras mi esposo está labra que labra
el terrón, otras artes yo cultivo.
¿Ves? traigo un niño ensangrentado y vivo
Para la cena trágica y macabra.

—Sin ojos, pues así se ve en lo obscuro
como ven los murciélagos, yo vuelo
hasta escalar del camposanto el muro.

—Trae un cadáver frío como el hielo.
Yo á los hombres daré del vino impuro
que arranca la esperanza y el consuelo.

XIII

LOS NAHUALES.

¡Sús, Vaquero Marcial! De nuestra boca
los conjuros oirás: aunque en la brega
quedaste vencedor, siempre á tí llega
de los hombres la voz que te provoca.

(1) Nombre con que generalmente es designado el demonio por la gente pobre del campo.

Por donde quiera el mal! Tu mano toca
las campiñas también.—Ya en ronda ciega,
el coro de las brujas se despliega
de tí en redor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la víbora y el sapo:
de vuestro hediondo seno sacad presto
las efigies ridículas de trapo.

¡Oh, representación de los mortales!
mostrad aquí vuestro asombrado gesto
en la danza infernal de los nahuales.

XIV

EL GALLO.

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento
el nocturno terror y estoy en vela.
Sombras de muerte cuyo soplo hiela,
con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento
por preludiar su dulce pastorela.
Contra el mal, poderoso centinela,
á su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrísono alarido
que escuches en tu sueño, por la vana
pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin á su croar la rana,
y yo con alegrísimo sonido
entonaré la vencedora diana.

XV

LA CAMPANA.

¿Qué te dice mi voz á la primera
luz auroral? «La muerte está vencida,
ya en todo se oye palpitar la vida,
ya el surco abierto la simiente espera.»

Y de la tarde en la hora postrimera:
«Descansa ya. La lumbre está encendida
en el hogar». . . . Y siempre te convida
mi acento, y te persigue donde quiera.

Convoco á la oración á los vivientes,
plaño á los muertos con el triste y hondo
són de sollozo en que mi duelo explayo.

Y al tremendo tronar de los torrentes
en pavorosa tempestad, respondo
con férrea voz que despedaza el rayo.

XVI

UN TIRO.

Duda mortal del alma se apodera
al oír en la noche la lejana
detonación, que turba y que profana
el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera
que pone fin á la existencia humana,
ó el golpe salvador que en lucha insana
asesta el montañés sobre la fiera? . . .

Ese ruído mortífero y sonante
hace temblar el alma sorprendida,
cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar ó defender la vida,
lo producen lo mismo el caminante
y el guarda, el asesino y el suicida.

XVII

EL PERRO.

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma á la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: «despierta:
huyeron ya las sombras enemigas.»
Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto á tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero,
que siempre anhelan encontrarte inerme;

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré. . . . ¡Descansa y duerme!

XVIII

LA SEMENTERA.

Escucha el ruído místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera
esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño que en mieses exubera
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,
á tu paso doblego mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo;

Y cuando estén en mi regazo opresos
de tu vencida carne los despojos,
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

XIX

¡LUMEN!

Las sombras palidecen. Es la hora
en que fresca y gentil la madrugada
va á empaparse en el agua sonrosada
que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo débilmente se colora
de virginal blancura inmaculada,
y hace del firmamento su morada
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las níveas cumbres del oriente
en ópalos y perlas se deslíe,
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo,
y todo juguetea y todo ríe,
en la tierra lo mismo que en el cielo.

XX

AD OS AL POETA.

¡Santa naturaleza, madre mía!
me has cobijado en tu regazo inmenso
y disipaste con tu soplo intenso
la nube del dolor que me envolvía.

Mas ¡ay! vuelve la vida ingrata y fría;
mi sueño celestial quedó suspenso . . .
Ya alza la tierra su divino incienso
y en su carro triunfal asoma el día.

Poeta: es fuerza abandonar el monte.
Bajemos, pues ya al ras del horizonte
Venus agonizante parpadea;

tú al teatro, á la clínica, al Senado,
yo á vegetar tranquilo y olvidado
en el rincón obscuro de mi aldea.

Ignacio M. Luchichí.

Nació en Tlacotálpam (Estado de Veracruz) el 8 de Mayo de 1859. Atildado poeta y diputado al Congreso de la Unión.

VERSOS.

(Para un album.)

Tú hermosa y yo bohemio,
los dos hemos nacido
en la región ardiente de un cielo tropical;

tú eres una bella calandria de aquel nido,
en que las ondas cantan al sauce entristecido
y baten rudamente
la ceiba y el manglar.

Tú eres de la tierra
que arde y centellea
al beso enamorado del fecundante Abril;
tú has visto cómo el ave la rama balancea,
cuando la rubia espiga con ansia picotea
y arroja en el sendero
los granos del maíz.

Tú has visto el Papaloápam
brillar entre las flores,
como una blanca cinta de raso puesta al sol;
tú sabes cómo vuelven del mar los pescadores,
cuando la tarde pliega sus redes de colores
y suena en la capilla
el toque de oración.

Tú evocas el recuerdo
de los serenos días
en que voló cantando mi alegre juventud;
tú surges en la noche de las memorias mías,
y, como el esplendente arcángel de Tobías,
sacudes en el viento
la ráfaga de luz.

¡Bien hayas tú, la virgen
nacida en los hogares,
adonde los naranjos semejan un dosel;
bien haya tu corona de blancos azahares,
bien hayan mis estrofas, si rompen en cantares,
y dejan este libro
para besar tus pies.

Manuel Puga y Acal.

Nació en Guadalajara (Jalisco) el 8 de Octubre de 1860. Periodista, crítico y poeta. Ha sobresalido en la crítica literaria en que aparece siempre intencionado, punzante, un poco rudo acaso; pero lógico é ilustrado siempre.

Despierta! Ya amanece: en tintas de arrebol
Se visten los celajes que cruzan el azul;
Y ya el primer destello del sonrïente sol
De niebla de oro tiende su transparente tul.

Empiezan las palomas su nido á abandonar,
Y cual nevados copos ya van por el zafir;
En el naranjo umbroso cargado de azahar,
El perezoso mirlo ya se oye rebullir.

Se fué llorando perlas sobre la fresca flor
La noche cuando vióse la luz aparecer;
Las últimas estrellas extinguen su fulgor,
—¡Pupilas que la aurora ya vino á adormecer!

Espera la Natura al tibio mes de Abril
Que de anunciar acaba la luz primaveral;
Le borda verde manto el prado, y el pensil
Le teje ya afanoso corona nupcïal.

¡Qué alegre está la tierra! ¡Qué dulce la estación!
Colúmpianse las flores en plácido vaivén,
Y como se abren ellas, el joven corazón
De amor al dulce beso entreábrese también.

Mas ¡ay! mientras el cielo la luz engalanó
Y se envolvió el Oriente en mágico tisú,
Un alma vela triste, sin esperanza: yo;
Y duerme otra insensible y descuidada: tú!

Francisco A. de Icaza.

Nació en México el 2 de Febrero de 1863. Secretario de la Legación de México en Madrid. Lo mejor de sus versos son la corrección y la pureza.

PAISAJE.

Esfúmase en el pálido horizonte
Entre la niebla gris el caserío,
Y el torrente desbórdase bravío
Por el declive del lejano monte.

No hay en el soto quien la lluvia afronte,
Y el brumoso paisaje es tan sombrío,
Que un tronco seco que arrebata el río
Me parece la barca de Aqueronte.

El panorama á meditar convida;
Tristeza en el hogar, borrasca afuera:
¿En dónde está la calma apetecida?

Enfermo y solo, mi alma desespera. . . .
¡Y á esto se llama juventud y vida!
¡Y á esto se llama Abril y Primavera!

Adalberto A. Esteva.

Nació en Jalapa (Veracruz) el 17 de Agosto de 1863. Diputado al Congreso de la Unión.

A NAPOLEON.

Salve, genio inmortal! Tu nombre solo
es como toque de clarín de guerra;
aun suele enmudecer, de polo á polo,
á tu recuerdo la asombrada tierra;
aun parece escucharse con pavura
el rumor de tus bravos escuadrones,
y se destacan en la sombra obscura
las mechas de tus bélicos cañones!

No has muerto, no! Cuando la noche llega,
ceñido de laurel, dejas la tumba;
es tu potente voz la que congrega
la gran legión mientras el viento zumba;
eres tú quien les habla de victoria
y el néctar de los héroes les escancia,
quien á la luz del nimbo de la gloria
el cielo muestra á la afligida Francia!

No has muerto, no! Tu nombre es como aquellos
nombres que á Homero eternizar le plugo;
con él llenó sus cánticos más bellos
el Homero del siglo, Víctor Hugo.
Cuando amenaza coligada Europa
á la patria vencida, en Santa Elena
ve tu fantasma la francesa tropa
soñando á un tiempo en Austerlitz y en Jena!

En el silencio de la noche triste
se oye el trotar de tu corcel bravío;
todo, un aspecto funeral reviste,
de extraña luna al resplandor sombrío;
y trémulo el soldado de Sadowa,
vengador de su patria y abolengo,
mira en sueños al héroe de Moscowa
cruzar con los infantes de Marengo!

Nadie tan alto como tú! Ni el mismo
que escalara los Alpes elevados,
para quien Cápua fué mortal abismo
donde se hundió el valor de sus soldados;
ni el que en el Ganges místico y distante
hizo beber á su corcel de guerra;
rayo del mismo Dios, genio gigante,
á cuyo paso se extendió la tierra!

Fué tu nombre inmortal de luz cubierto
lo mismo en las llanuras de la Prusia
que en la arena candente del Desierto
y en las estepas áridas de Rusia:
esos Alpes que á Anibal contemplaron
avanzar precedido de la gloria;
sintiéndote pasar, te saludaron
como al hijo feliz de la victoria!

Ellos te vieron descender airado
al frente de tu tropa silenciosa,
con el sublime rostro iluminado
por la luz de los genios misteriosa.
En tanto la ciudad en la llanura
de sorpresa y terror se estremecía,
como las hojas en la selva obscura
al comenzar la tempestad bravía!

Y luego las pirámides! Al grito
que lanzaran tus labios de inspirado,
frente á aquellas montañas de granito,
centinelas de piedra del pasado,
luchaba la oriental caballería
con tu ejército firme como el roble,
mientras enviar el cielo parecía
todos sus rayos á tu frente noble!

La noche de Austerlitz, imperturbables
fueron los astros nimbo de tu frente;
dos coronas mellaba con sus sables
vencedores, tu ejército valiente:
te alzaste en el bridón sobre el estribo
por ver los muertos de contrarias filas,
y de la luna el resplandor más vivo
brilló con menos luz que tus pupilas!

Oh! si vivieras tú, ¡cuán diferente
fuera el destino de tu patria amada!
¡Cuál se agitara con tu voz potente
el alma del ejército inflamada!
¡Como las playas que el Mosela besa
resonaran con gritos de victoria!
¡Cuál se cerniera el águila francesa
en el cielo brillante de la Historia!

Alzando grave la soberbia frente
que solo el genio con su peso inclina,
mandaras comenzar la lid ardiente
desde la cima azul de una colina,
é irguiéndote otra vez, siempre radiante,
entre el rudo fragor de la metralla,
proyectaras tu sombra de gigante
sobre el campo encendido de batalla!

Pero no! Fué preciso que cayeras!
Rasgabas ya del porvenir los velos,
tus águilas volaban altaneras
en todas las regiones de los cielos:
dejando por la tienda de campaña,
del trono de los Césares la pompa,
gobernabas á Italia, á Suecia, á España,
al ronco són de tu guerrera trompa!

Evocados los tétricos vestiglos
que llenaron de sombras la Edad Media;
interrumpido el curso de los siglos
por un titán que hasta el Olimpo asedia;
trocado el Universo en incensario
de un hombre acariciado por la suerte;
desconocido Dios. . . . fué necesario
restablecerlo todo con tu muerte!

No fuiste menos grande en la caída:
sólo Dios ó el acaso te vencieron!
El sublime holocausto de su vida
los héroes de tu Guardia te ofrecieron,
y al darte con su carga formidable
el laurel más hermoso de tu gloria,
á pesar del destino inexorable
fué su hecatombe tu inmortal victoria!

Tu obscureciste el brillo de los reyes
con el claro fulgor de tu talento:
á todo el orbe le impusiste leyes
haciéndole el esclavo de tu acento.
Si no llevó hasta Roma sus legiones
Pirro, guerrero de saber profundo,
tú sometiste al yugo diez naciones
en tu marcha de triunfo por el mundo!

Nada opaca las grandes claridades
que de tu genio despediste un día,
y pasas á través de las edades
como los astros en la noche umbría:
si del Norte los bárbaros hulanos
tu sepulcro de mármol derribaran,
de entre el escombro, como siempre ufanos,
tus fulgores purísimos brotaran!

Venerando tu dicha y tus dolores,
se te admira triunfante y derrotado;
tu nombre augusto lleno de esplendores
es como un estandarte mutilado;
se miran los girones con tristeza,
pero es honor del batallón su herida;
y la tropa, al mirarlo á su cabeza,
le presenta las armas conmovida!

HOJA DE ALBUM.

En torno tuyo avanzan formando alegre coro
Los dioses que presiden la hermosa juventud:
¿Qué mucho que te sigan, pulsando su arpa de oro,
Los príncipes del arte, los reyes del laúd?

¿Qué mucho si eres pura cual nieve inmaculada,
Qué mucho si eres bella cual pétalo de flor,
Si hay en tus negros ojos fulgores de alborada
Y hay en tu acento notas de dulce ruiseñor?

Si el éxtasis sublime absorbe tu alma blanca
Y tienes el encanto divino de la fe,
¿Qué mucho que del lauro que de su lira arranca
El bardo forme un césped para posar tu pie?

Estrella que apareces surgiendo de los cielos,
¿De qué mundos regresas y á qué universo vas?
¿Adónde tiendes, ángel, tus apacibles vuelos?
¿En qué vergel ¡oh rosa! tus hojas abrirás?

Lo ignoro; pero lleva tu mano encantadora
Un invisible lirio: tu virginal candor,
Y dice á los poetas tu faz deslumbradora
Que vas á las celestes regiones del amor.

Mas hoy que no enguirnalda voluble la fortuna
Con mirtos y heliotropos tu alabastrina sien,
Y son tus pensamientos los rayos de la luna
Y tu niñez tranquila el misterioso Edén;

Mientras se anuncia el alba en su clarín de plata
Y al cielo te remontas, alondra matinal,
¡Que tienda el ala de oro la dulce serenata
Y esparza sus aromas la flor del madrigal!

Que canten los poetas tu gracia y tu inocencia
Hoy que tus alas cruzan un cielo rosicler;
Mañana que atravieses el mar de la existencia,
¡Que arrullen nuestros cantos tus sueños de mujer!

Felipe T. Contreras.

Nació en Ixtacomitán (Chiapas) el 8 de Enero de 1864. Abogado, Director de la Escuela Normal para profesores de Puebla y Magistrado supernumerario del Tribunal Superior del mismo Estado.

EDAD MEDIA.

Vuelve ya, vencido y solo,
De regiones apartadas
El sombrío caballero
Luchador en Tierra Santa.
Suena el puente levadizo
De la fëudal morada,
Que ya vuelve el caballero
Y el castillo está de gala.
No ya con los labios rojos,
Con la llorosa mirada,
Le besa desde una torre
La rendida castellana.
Del vencido caballero
Que vuelve de Tierra Santa,
El indomable heroísmo
Todo demuestra y proclama:
El ceño plegado, el haz
De rayos de su mirada,
Y las que ostenta profundas
Cicatrices de lanzadas. . . .
Suena el puente levadizo
Que lentamente se alza. . . .
¡Ha llegado el caballero
De regiones apartadas!

Sella sus labios un hondo
Silencio que parte el alma;
¡Cuán sombrío el caballero
Que vino de Tierra Santa!
Y son vanas las protestas
De adhesión de su mesnada,
Y son vanas las caricias
De la hermosa castellana,

Para deshacer el nudo
Que le ahoga la palabra:
Que al volver, vencido y solo,
De los campos de batalla,
De infieles dejó en poder
La sepultura sagrada. . . .

Desde entonces está triste
Cual la tumba sacrosanta.
El sombrío caballero
Que volvió de las batallas;
Está triste desde entonces
La señorial morada,
Y desde entonces callaron
Músicas y serenatas.
Y has de callar para siempre,
Alma mía, pobre alma,
Sin desterrar tus recuerdos,
Sin adormecer tus ansias,
Sin rescatar el sepulcro
De tus sueños y esperanzas.

Balvino Dávalos.

Nació en Colima el 31 de Marzo de 1866.

LA ANTIGUA FE.

Cruzaste al fin, amiga, los desiertos
Umbrales misteriosos de lo arcano,
Y puedes evocar bajo tu mano
Las almas invisibles de los muertos.

La tierra y el espacio, antes desiertos
Para tu corazón ya no cristiano,
Pobláronse de seres, mas en vano;
Tu pensamiento y tu alma siguen yertos.

¿A qué buscar lo que la vida esconde
Si lo ignorado siempre te responde
Con ambiguas palabras de sibila?

Sacude ya la duda que te asalta
Y torna hacia la Cruz tu fe tranquila;
Que si te falta Dios, todo te falta!

Enrique Fernández Granados.

Nació en México el 4 de Junio de 1866. Ha escrito tres tomos de poesías: *Mirtos*, *Margaritas* y *Antología*. Una brillante adquisición para la poesía clásica mexicana.

MADRE MIA. . . .

(Fragmentos.)

Venite et videte si est dolor sicut dolor meus.

Cuando dejó de quejarse
Yo me incliné sobre el lecho,
Y sobre su frente húmeda
Le dí un beso. . . .

Todos de allí se ausentaron,
Porque el contagio temieron:
Y al verla sola. . . . tan sola,
Sentí miedo. . . .

Y por la angustia vencido,
Y sollozando y gimiendo,
¡Madre! . . . grité, *¡madre mía!* . . .
¡Qué silencio!

Abrid la caja: mirándome
Se quedó por tanto tiempo,
Que temo que todavía
Tenga los ojos abiertos. . . .

Envuelta en blanco sudario
Parece que está durmiendo. . . .
Encended los cuatro cirios
Y venid todos: recemos.

¡Oh Madre de los Dolores
Que al ver á tu Hijo muerto,
Exclamas entre sollozos,
Alzando la vista al cielo:
¡Ved si dolor como el mío
Cabe en el humano pecho! . . .
¡Oh Madre de los Dolores!
Ve si hay dolor como el nuestro.

Las florecitas de Mayo
Que puse sobre su ferétro,
Mirad, ¿lo veis? . . . ya de pena
Se murieron. . . .

Cuando la aurora, del monte,
Bajó al campo sonriendo,
Lloró al mirarme llevando
Camino del cementerio. . . .

Al pie del sauce, cavando,
Cantaba el sepulturero:
Abra su seno la tierra,
Abra sus puertas el cielo. . . .

José Peón del Valle.

Nació en Orizaba (Estado de Veracruz) el 24 de Octubre de 1866. Hijo del inspirado poeta José Peón Contreras, quien le ha transmitido la clara inteligencia. el vigoroso numen y la maravillosa facilidad. El padre es un gran recuerdo y el hijo una gran esperanza.

DEL LIBRO DE LOS SALMOS.

¡Señor! ¡Señor! ¿Por qué los que me dañan
Como el acridio en mi redor pululan,
Y en mí tenaces sin piedad se ensañan
Y mi espíritu débil atribulan?
Oye mi alma un acento que le grita:
«Para tí todo es mal, todo es miseria. . . .
Ni en Dios encontrarás la paz bendita
Que Dios quiso negar á la materia!»
—¡Es mentira. Señor! Tú eres mi amparo,
Alivias Tú mi corazón herido,
Y guardo mi fe en tí, como el avaro
Guarda el oro en sus arcas escondido.
En más de una ocasión, aislado y triste,
Te hablé, enturbiada mi pupila en llanto
Y amoroso, Señor, á mí veniste
Desde la cumbre de tu Monte Santo.
Y me dormí tranquilo y sin angustias,

Y olvidé mi congoja y mis temores,
Y al despertar hallé mis flores mustias
Trocadas todas en fragantes flores.
Eres Tú la salud; eres la roca
Que se opone tenaz al mar bravío;
¡Ayúdame en la lid, y de mi boca
Aparta el cáliz del dolor, Dios mío!

Jesús E. Valenzuela.

Nació el 24 de Diciembre de 1867. Sabe sentir el mundo objetivo y convertirlo en imágenes y rimas de incomparable belleza artística.

BALADA DE LAS MANOS.

(Inédita.)

Manos—capullos en flor—
De niños buscando el seno
En el piélago sereno
De una mirada de amor.
En inefable fulgor
Manecitas de Jesús
Bañadas en leche y luz. . . . .
Manos—capullos en flor.—

Manos teñidas de rosa
Por la sangre de los besos
En los tremantes excesos
De una vibración nerviosa.
Manos en que no reposa
El ave de la pasión,
Manos sobre el corazón,
Manos teñidas de rosa.

Manos ágiles de hada
Que pasan por el pïano
Como un ensueño lejano
De la vida ó de la nada;
Manos expresión alada
De un suspiro ó de algún grito
Que flotaba en lo infinito. . . .
Manos ágiles de hada.

Manos de ebúrnea blancura
Que en la sombra del mantón
Iluminan la oración
Con luz sideral y pura,
Manos entre cuya albura
La camándula desgrana
Toda la desdicha humana. . . .
Manos de ebúrnea blancura

Manos de la Caridad
Que á la noche del hambriento
Llevan consuelo y sustento—
Pan de esperanza y verdad—
Manos de eterna bondad,
Nobles y místicas manos—
Ah! Todos somos hermanos. . . .
Manos de la Caridad.

Manos pálidas, difuntas
En el amor ó el martirio,
Pétalos del mismo lirio,
Manos abiertas ó juntas;
Manos llenas de preguntas,
De aspiraciones y anhelo,
Manos tendidas al cielo,
Manos pálidas, difuntas.

Manos de la bendición,
Manos del trémulo anciano
Que emergen del Océano
En inútil oblación;
Manos del Papa León
En que la hostia divina
Se deshace en la neblina. . . .
Manos de la bendición.

Manos que empuñan espada
Y un cetro han hecho en la guerra,
Y que llenaron la tierra
Con la sangre derramada;
Manos de la plebe armada
En la riña ó el combate,
Rojas manos de magnate,
Manos que empuñan espada.

Manos duras y sangrientas
Que abren el surco en el suelo
Árido y triste; que el vuelo
No sienten de horas cruentas,
Las que mueven las imprentas,
Las que el taller estremecen,
Las que en las minas perecen,
Manos duras y sangrientas.

Manos hechas al trabajo,
Fuertes manos de hombre libre,
Cuando en el espacio vibre,
Lo mismo arriba que abajo,
Moviendo al mundo de cuajo,
De la justicia la ira. . . .
Vosotras tendréis la lira,
Manos hechas al trabajo!

José Y. Novelo.

Nació en Valladolid (Yucatán) el año de 1867. Joven poeta yucateco de profundo ingenio y pulida forma.

A UN POETA.

A qué gemir? La nota plañidera
del canto calle en tu dorada lira.
Es plena primavera;
fulgor de aurora en los espacios gira;
un nectario pomposo es la pradera;
el sol alegre, gigantesca pira,
y en el vasto y risueño panorama
todo alienta, se agita, bulle y ama.

Era un capullo hermoso que encerraba
la esencia virginal de los amores. . . .
Y el cielo la tronchó. . . . ¡cuando aun no daba
la flor de su beldad miel á las flores!

La vida! Qué es la vida? Nave rota
que por vientos contrarios combatida
sobre un oceano sin riberas flota. . . .
Sin tregua sacudida,
en miserable escarnio se convierte
de las revueltas olas,
y al fin zozobra en brazos de la muerte.

Mas qué importa? Son nubes fugitivas
los humanos dolores.
Presto la luz en explosiones vivas
disipará los lúgubres negrores.
La flor lozana que rodó en el suelo

marchita, su perfume
purísimo dió al cielo. . .
Tu faz radiosa al cielo se levante,
y tu estrofa de mármol
el perfume inmortal celebre y cante.

Luis G. Urbina.

Nació en México el 8 de Febrero de 1868. De él ha dicho Justo Sierra: «Tiene el don de retener las sensaciones y de escoger entre ellas las mejores, y de convertirlas en imágenes pensadas que no ponen al lector frente á frente del objeto, sino que posee el verso, que es aquí el instrumento de arte, lo domina y le hace expresar lo que quiere en un lenguaje rítmico frecuentemente admirable. Ese instrumento es fino y delicado en Urbina, más propio para traducir melodías íntimas y suaves, que esas vastas y fascinadoras *sonoridades* de la expresión y el sentimiento. Pero siempre está en tono, siempre acaricia al oído, es como la voz un poco femenil, pero exquisita, de un tenor adolescente; voz destinada á cantar

Cual cantaban antiguos trovadores
En dulce mandolín sus cantilenas.»

SIEBEL.

A Manuel Gutiérrez Nájera.

Siebel coloca su haz de flores
Que el aire fresco del alba agita,
Mientras irradian los resplandores
En los cristales de mil colores
De la ventana de Margarita.

Sobre las tapias la enredadera
Cruje y ondula cual verde falda,
Y asida al muro corre ligera
Hasta que en torno de la vidriera
Prende festones como esmeralda.

Ya en los jardines que se embellecen
Bajo las frondas las aves trinan,
Y un misterioso contraste ofrecen
Con las estrellas que palidecen
Los horizontes que se iluminan.

Cae el rocío sobre la grama,
Sobre los pájaros que aletean,
Sobre las hojas de la retama,
Y va cayendo, de rama en rama,
Entre los pinos que cabecean.

Y mientras Fausto, con sus dolores,
Vela, suspira, llora y medita,
Se inunda el cielo de resplandores,
Y Siebel deja su haz de flores
En la ventana de Margarita!

Manuel Larrañaga Portugal.

Nació en Guanajuato el 15 de Agosto de 1868. Cultiva con amoroso empeño el género descriptivo.

ACERO.

Atardece; de un cielo nebuloso
Cae impalpable la llovizna lenta,
Y el horizonte por doquier presenta
Su ropaje monótono y tedioso.

El sendero cubrió barro viscoso;
En turbias aguas el canal revienta,
Y el ánade salvaje el vuelo intenta
Moviéndose tardío y perezoso.

El arado en el surco detenido,
No en los barbechos húmedos camina;
El mazo junto al yunque no hace ruido,

Y sólo en el sopor de la neblina,
Charla, asomada desde el alto nido
Pegado en el pretil, la golondrina.

Amado Nervo.

Nació el 27 de Agosto de 1870 en Tepic, en época en que esta porción de la República era el 7º cantón de Jalisco. Ha publicado dos novelas: *El bachiller* y *El domador de almas;* un poema: *El prisma roto* y dos tomos de versos: *Místicas* y *Perlas negras*. Poeta de inspiración exuberante y una de las más insignes figuras de la joven escuela decadente. Nervo es, además, un prosista de buen gusto, de arte, de inteligencia, de tonos y colores.

LA FLAUTA DE PAN.

(Del Libro "Lápidas.")

En las dóricas noches diamantinas
Cuando boga Selene por el cielo
Como un sol moribundo y en el suelo
Duerme todo: memorias y rüinas,
Puebla sotos, oteros y colinas
Un rumor de infinito desconsuelo,

Una música lánguida, en que el duelo
Treme y llora con gamas cristalinas.
Es la flauta de Pan, hecha de caña
Inmortal, porque al Dios le plugo en ella
Convertir á Siringa en la campaña;
Y parece decir su arrullo triste:
«Viandante, une tu voz á mi querella. . . .
Si buscas la Beldad, Helos no existe!»

José Juan Tablada.

Nació en México el 3 de Abril de 1871. Sus versos son pequeños cuadros brillantes de ligereza. de gracia, de primor, de elegancia, que producen singular y extraño encanto.

ODAS NOCTURNAS.

Fuegos artificiales.

(A José Peón del Valle.)

Poetas y rimadores!
Vuestro arte la turba iguala
A la explosión de colores,
A los súbitos fulgores
De las luces de Bengala.

Ved: el castillo se inflama,
Arde la pólvora y luego
Mágica borda y derrama,
Con arabescos de llama,
Eflorescencias de fuego

Forman sus varios fulgores
En guirnaldas oscilantes
Búcaros de ardientes flores
Con pétalos de colores
Y cálices llameantes.

Después en la noche obscura,
En diamantes transformada,
Tal parece que figura
La oriental arquitectura
De la Alhambra de Granada

En estruendo fragoroso
Rompe de pronto y estalla
Y un espejismo radioso
Ilumina el cielo, umbroso,
Cuando el rüido se calla.

Y se hunden los palacios
De calados minaretes,
De amatistas y topacios
Cuando surcan los espacios
Estallando los cohetes.

Y al mirarlos se diría
En prodigioso derroche,
Ver caer la pedrería
De una sultana judía
Sobre el manto de la Noche.

Las chispas cruzan los velos
De la tiniebla, y cuán bellas
Descienden en dulces vuelos,
Como pálidas estrellas
Desprendidas de los cielos.

¡Breve fantasmagoría!
¡Mágico y fugaz derroche!
Tu esplendor murió en la umbría,
En la pavorosa y fría
Inmensidad de la noche.

Con resplandores iguales
Surgen, y con vida igual
Esparcen breves raudales
Los fuegos artificiales
Del fósforo cerebral.

¡Poetas y rimadores!
Sin ver el fuego extinguido,
Arrojad puños de flores,
Rimas de luz y colores
En la Noche del Olvido!

Ruben M. Campos.

Nació en Guanajuato en el mes de Abril de 1872. Forma con Valenzuela, Dávalos, Nervo, Tablada y Olaguíbel (Francisco), el brillante escuadrón que sostiene en el estadío de la prensa de México la causa de la poesía decadente.

NOCTURNOS TROPICALES.

¡DIES IRÆ!

Vago rumor desciende de la sierra
Al valle solitario,
Y una nube gigante crece, crece
Y cubre todo el sur con vuelo raudo.

Un relámpago lívido serpea
Y azota el negro espacio,
Y en trueno inmenso su fragor difunde
Por las cavernas de rugientes antros.

De jaguares hambrientos la jauría
Lanza aullido lejano:
Por la terrible noche protegida,
Baja cobarde al indefenso campo.

En el aduar la escucha la vacada,
Y mugiendo de espanto
Sacude la cabeza formidable
Irguiéndose y un círculo estrechando.

Anchas gotas de lluvia se desprenden
De los cúmulos bajos,
Y despedazan su cristal vibrante
Al chocar en los áridos peñascos

Pronto desencadena todo el cielo
Sus aguas, que silbando
Barridas por los vientos, culebrean
Y su oleaje aéreo causa espanto.

Vuelan gemidos hondos, penetrantes,
De clamor funerario:
¡Es la danza macabra de las brujas!
¡Es el coyotl que se lamenta aullando!

Y en medio á la terrible sinfonía
Se oye el lúgubre canto,
En la barranca estrella y tenebrosa,
Del órgano salvaje de los cactus.

Francisco M. de Olaguíbel.

Nació en México el 6 de Noviembre de 1874. De sorprendentes cualidades pictóricas.

PROVENZAL.

(A Carlos Díaz Dufoo.)

El viento de la tarde trémulo agita
del platëado olivo la fronda cana,
y del mar rumoroso la voz lejana
bajo el cielo de estío canta y palpita.

Sólo turba el silencio de la infinita
soledad de esa hora, la soberana
canción que entre los tallos de mejorana,
con escalas salvajes, el viento grita.

Los himnos estridentes de las cigarras
surgen entre las anchas y verdes parras,
se oye el sordo murmullo que en los cantiles
alza, cuando se estrella, la ruda ola
y, guïada por pitos y tamboriles,
pasa, rápida y leve, la farandola.

ÍNDICE

POETAS MUERTOS.

POETAS VIVOS.



49.

FE DE ERRATAS.

	DICE:	DEBE DECIR:
Pág. 55, línea 12 . . .	advirtió . . .	advierte.
,, 107, ,, 27 . . .	produjo . . .	iniciaron.

H9

AG

